

Pedro Lezcano

Paloma o Herramienta (Antología)

Pedro Lezcano

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

34

PALOMA O HERRAMIENTA

Edición de Teresa Cancio



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Pedro Lezcano

PALOMA
O
HERRAMIENTA
[Antología]

Islas Canarias
1988

© Para el prólogo **Teresa Cancio**

© Para el texto **Pedro Lezcano**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes
del Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-7783-7

Depósito Legal: M. 23.584-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	<u>Págs.</u>
I. PRESENTACION	13
II. ANTOLOGIA	23
1. El humor	25
1.1. «Diario de una mosca»	26
1.2. «Inauguración del colegio Pedro Lezcano»	29
1.3. «Apología de la bomba»	31
1.4. «La chabola»	32
1.5. «Las hermanas Bonet»	35
1.6. «Seguidillas del domingo provinciano» ...	41
1.7. «El anfitrión»	42
2. Costumbrismo	43
2.1. «La novia del barquero»	44
2.2. «La ruleta del sur»	46
2.3. «Navidad»	49
3. El mar	50
3.1. «Playa»	51
3.2. «El pescador»	52

	<u>Págs.</u>
4. Biografismo	61
4.1. «Para mi madre»	62
4.2. «Elegía a mi perro y a mí»	64
4.3. «Yo recuerdo»	66
4.4. «A Ricardo Lezcano»	68
4.5. «A ti, el grito más alto levantado»	69
4.6. «A José Vega, cajista de siglos»	70
4.7. «Los padres»	71
4.8. «Brindis a un periodista»	72
4.9. «De la amistad»	73
5. El tiempo	75
5.1. «Romance del tiempo»	76
5.2. «Anciana»	85
5.3. «Ella, el viejo y yo»	86
5.4. «Conformidad»	88
6. Tierra	89
6.1. «Constitución del hombre»	91
6.2. «Tierra o mujer»	92
6.3. «Oda a Fuerteventura»	94
6.4. «Endecha de las dos islas»	96
6.5. «Compás»	97
7. El amor	98
7.1. «Tus labios»	99
7.2. «Amor»	100
7.3. «¿Posesión?»	101
7.4. «Diseción»	102
7.5. «Canciones confidenciales»	103

	<u>Págs.</u>
8. Xenofobia-solidaridad	104
8.1. «Biografía»	105
8.2. «Romance sin novia»	107
8.3. «Carta al extranjero»	109
8.4. «Poema a la espalda»	110
9. Lo sentencioso	111
9.1. «Consejo de paz»	112
9.2. «Romance de la niña y su sombra»	114
9.3. «Al grupo Mestisay»	116
10. El humanismo	117
10.1. «Certeza de mi cuerpo»	119
10.2. «Solipsismo»	121
10.3. «Supervivencia»	122
10.4. «Mi alma, oculta»	123
10.5. «Exaltación del hombre»	124
10.6. «Oración profana»	126
11. El soneto	128
11.1. «Soneto de quince versos»	129
11.2. «Nevada»	130
11.3. «Soneto irreverente»	131
12. El romance	132
12.1. «Romance del miedo»	133
12.2. «Romance de la verdad y la mentira» ...	135
13. La silva asonantada	137
13.1. «Escultor de barro»	138

	<u>Págs.</u>
13.2. «Dos cantos a la impureza»	140
13.3. «Manos»	143
14. El compromiso ético	145
14.1. «Acto de homenaje»	146
14.2. Prólogo a <i>El siglo de las sombras</i>	148
14.3. Prólogo a <i>Oscura piel</i>	151
14.4. «La maleta»	154
14.5. «Plagios en desagravio de la rosa»	158
14.6. «Envío a <i>Tribuna joven</i> »	160
14.7. «Braceros»	162
14.8. «Fría»	163
14.9. «Crimen»	164
14.10. «Recuerdo de tres mujeres saharauis»..	165
14.11. «Retrato de un obrero cualquiera»	166
15. La paz	168
15.1. «Edicto»	169
15.2. «Instancia»	171
15.3. «Orden»	172
15.4. «Caza»	174
15.5. «El dado»	175
15.6. «Baja»	176
15.7. «Oración de la buena muerte»	177
15.8. «Kansas school»	178
15.9. «Signo»	179
15.10. «Prólogo»	180
15.11. «Morir en paz»	182
15.12. «Romance de la paz condenada»	183
15.13. «Crónica de una guerra»	185
16. Lo lúdico	186
16.1. «El caballo»	187
16.2. «El peón»	188

	<u>Págs.</u>
16.3. «Versos para jugar»	189
16.4. «Juguemos con las puertas»	190
17. La Edad Dorada: de la Arcadia a la Utopía ...	191
17.1. «Poema del llanto verde»	193
17.2. «Retorno»	196
17.3. «Tres, catorce, dieciséis»	198
17.4. «Execración de las hormigas»	200
III. BIBLIOGRAFIA	203
1. Obras de Pedro Lezcano	205
2. Bibliografía sobre Pedro Lezcano	210

I. PRESENTACION

El objetivo principal de estas páginas tiene un doble propósito: efectuar unas notas bio-bibliográficas que faciliten al lector una aproximación a Pedro Lezcano y recoger una selección de poemas y prosa que contribuyan a completar la visión general de su obra en sus vertientes de poeta, dramaturgo, narrador y articulista. Porque frecuentemente se cree que Lezcano es un poeta ceñido al estricto ámbito insular y se ignora que se trata de un autor mayor que ocupó merecidamente un lugar en la generación de los años cuarenta y que viene avalado por una completa producción que comprende, además de sus poemas —que son, indudablemente, la parte más conocida de la misma—, una variada gama de relatos cortos, dos piezas teatrales y otras manifestaciones en prosa.

La selección de poemas y prosa no se ha hecho siguiendo un orden cronológico. Haberla efectuado así hubiera mostrado con una mayor nitidez la evolución temporal de la lírica lezcaniana —tarea que he llevado a cabo en otros estudios sobre el autor— y, además, hubiera insistido en el criterio que ya empleó el mismo Lezcano al elaborar su *Biografía poética*. He preferido agrupar aquellos que participaban de unas mismas características, para mostrar así las notas definitorias de su poética, la cual queda ejemplificada con la suficiente explicitación, evitando largos comentarios que pudieran distraer la idea

dorsal que nos guía: presentar la figura humana y literaria de Pedro Lezcano. Debo hacer, por último, una precisión importante: no conforman esta selección únicamente los mejores poemas del autor, sino que he espigado en su obra para reunir los que mejor lo caracterizan. Señalo que pueden existir altibajos en esta antología, pero estimo que esas mismas fluctuaciones son las que definen —y muy precisamente— al autor. La pauta que he seguido ha estado fundamentalmente basada en la agrupación de poemas y prosa en función de su afinidad, para exponer una visión amplia y estructurada de la obra lezcaniana, cuyo análisis en profundidad no corresponde efectuar en un libro de las características del presente.

Nacido en Madrid en 1920, Pedro Lezcano vive en Gran Canaria desde los nueve años. Aunque comenzó sus estudios de bachillerato en el Instituto Pérez Galdós, de Las Palmas —donde tuvo como profesor de literatura a Agustín Espinosa—, debió continuarlos en Barcelona, a donde se trasladó la familia debido a la profesión de su padre. De esta época data su afición al ajedrez, intelectual deporte en el que llegaría a ser posteriormente un afamado jugador. Los años de la guerra civil transcurren nuevamente en Las Palmas; prosigue sus estudios y tiene condiscípulos como Ventura Doreste, Carmen Laforet, Agustín Millares, María Dolores de la Fe, Josefina Zamora, Sergio Castellano y un amplio grupo de por aquel entonces adolescentes interesados en la literatura. Este grupo sería el núcleo de colaboradores más asiduos de la revista *Spes*, que se publicó como órgano de expresión del instituto durante los años 1937-38. En ella, Lezcano desempeñaba las tareas de secretario de redacción y encargado de la sección humorística «Crónica estudiantil», a las que deben añadirse sus colaboraciones gráficas —ha sido siempre un excelente dibujante— y sus primeras composiciones poéticas. Cronológicamente, podemos datar en 1938 el nacimiento del poeta Lezcano, al publicarse en esta fecha su poemilla «Canción de Castilla», ganador del

primer premio en un certamen literario organizado por su profesor de literatura durante estos años, Joaquín Artiles.

Tras la guerra civil, se traslada a Barcelona con su hermano Ricardo, para finalizar allí el último curso de bachillerato. Afectado por una leve lesión pulmonar, debe regresar a Gran Canaria, donde es nuevamente movilizado —ya durante la guerra había prestado servicios civiles, dada su acentuada miopía, coincidiendo en su destino de una emisora militar con Ventura Doreste—.

En el 1942 se traslada a La Laguna para comenzar sus estudios universitarios, que continuaría en Madrid, donde cursó la especialidad de Filosofía. Durante sus tres años de estancia allí habría de producirse su entrada en el mundo literario, tanto canario como nacional. En 1944 se publica un pequeño folleto poético titulado *Cinco poemas*, dentro de la Colección para Treinta Bibliófilos, fundada por Juan Manuel Trujillo, con una selección de cinco composiciones suyas efectuada por Ventura Doreste. Al año siguiente aparecería *Poesía*, también en la misma colección y formada por seis poemas. En 1946 vería la luz *Romancero canario*, poemario de siete romances costumbristas, en los Cuadernos de Poesía y Crítica. La publicación de estas tres obritas poéticas bastaron para consolidar a Pedro Lezcano como uno de los escritores canarios más importantes de aquel momento; así lo atestiguan las críticas que recibió en las páginas de *El Museo Canario* y *Revista de la Historia*, firmadas por María Rosa Alonso, Ventura Doreste y Alfonso Armas, que deben ser considerados sus primeros comentaristas.

La publicación en Canarias de estas «plaquettes» poéticas tuvo, no obstante, menor incidencia que sus colaboraciones en las más prestigiosas revistas literarias del país, a través de las cuales se dio a conocer como un poeta miembro de la generación luego denominada «de

los años cuarenta», en unión de José García Nieto, Eugenio de Nora, José María Valverde o Rafael Morales. Las reuniones en el bar de la Facultad de Filosofía, los recitales universitarios y las tertulias del Café Gijón y el Café Lisboa conformaron el entorno en que vivió Lezcano en Madrid, donde impartía clases particulares de matemáticas para poder subsistir. El trienio 1944-45-46 fue un período fundamental para el poeta en cuanto a su continuada participación en publicaciones como *Garcilaso*, de Madrid (ocho poemas durante este tiempo); *Espadaña*, de León (cuatro poemas); *La Estafeta Literaria*, de Madrid (dos poemas); *Alba*, de La Coruña (una sola composición); *Mensaje*, de Santa Cruz de Tenerife (once); *Halcón*, de Valladolid (siete); *Acanto*, de Madrid (uno) y *Posío*, de Orense (uno). Serían, pues, treinta y cinco poemas suyos publicados en las revistas poéticas citadas, hecho que contribuyó definitivamente a su consolidación como poeta, siendo incluido en la *Antología parcial de la poesía española (1936-46)* elaborada por *Espadaña* en 1946 y que le consideró «uno de los pocos poetas actuales dignos de atención».

A esto habría que añadir la obtención del Premio Nacional de Teatro instituido por el Ateneo de Madrid, por su drama *Desconfianza* en 1945, así como la publicación de su primer libro, *Muriendo dos a dos*, efectuada en Valladolid en 1947 bajo los auspicios del poeta canario Fernando González —los primeros folletos insulares no llegaban a las treinta páginas—. Pero cuando todo confluía para hacer de Lezcano un poeta eminentemente madrileño, por su residencia y sus relaciones literarias, proyectadas desde allí a los más diversos ángulos de la geografía peninsular, en 1947 decide volver a Canarias, donde contrae matrimonio y se instala como impresor.

El afincamiento canario a partir de esta fecha no significa que decrezca la repercusión de Lezcano como poeta; pero sí habrá de imprimir un sesgo peculiar a su trayec-

toria literaria. A partir de esa fecha podemos dar por finalizada su primera etapa —caracterizada por los inicios garcilasistas, las influencias de la poesía humanizadora de Miguel Hernández y la más atemperada del romance de Lorca—, para adentrarse en un tipo de lírica serena, personal, de carácter reflexivo y profundamente humanístico.

La imprenta Lezcano, fundada en 1947, se encontraba situada en la rebotica de la farmacia de Sebastián de la Nuez, en la calle Malteses, y sería punto de reunión de los intelectuales canarios del momento: Agustín y José María Millares, Angel Johan, Ventura Doreste, Antonio Padrón, Miró Mainou, Felo Monzón, Santiago Santana, Manolo Millares. Su trabajo como impresor no le aparta de la literatura ni de las artes plásticas. Colabora con dos poemas en la *Antología cercada*, que supuso el temprano despertar de la poesía canaria a los temas sociales en 1947 y donde se incluyeron poemas de los Millares, Angel Johan y Ventura Doreste. Descubre, entre tanto, otra nueva afición: la pesca submarina, donde batiría algún récord y que habría de ser paulatinamente sustituida por la micología. La afición del poeta por efectuar excursiones campestres, recoger y clasificar setas, se plasma incluso en algunos artículos especializados.

En 1950 publica su folleto *Romance del tiempo*, formado por un largo romance de doscientos tres versos en el que su polifacética personalidad se evidencia, además, por haber sido el impresor y editor del librito, en el que incluyó varios dibujos suyos. En este sentido, *Romance del tiempo* vale a modo de síntesis de la obra de Lezcano, por presentarnos en un breve cuadernillo un muestrario de sus inquietudes: poeta, filósofo, editor, impresor, dibujante.

El período comprendido entre 1956 y 1968 habría de estar marcado por su dedicación al teatro. Funda el Teatro

Insular de Cámara, grupo en el que participaron su hermano Ricardo, Flora García, Carmen Jaén, Gonzalo Monasterio, Juan Marrero Bosch, Joaquín Blanco y otros muchos aficionados, con el propósito de hacer teatro clásico y moderno, español y extranjero. Con una modesta asignación del Museo Canario —que les cedía una de sus salas para efectuar las representaciones—, esta compañía dramática representó en sus doce años de existencia obras de los más diversos temas y autores: Ionesco, Giraudoux, O'Neill, Max Frisch, Rattigan, Osborne, Tchéjov, Ustinov, Galdós, Lauro Olmo, Alfonso Sastre, Miller y el propio Lezcano. En efecto, también el poeta probó nuevamente fortuna como dramaturgo —su primer drama, *Desconfianza*, no llegó a estrenarse en su momento—, representando en 1956 su poema escenificado *La ruleta del Sur*. Esta dedicación al teatro comprendía las tareas de actor, autor y director, lo cual no impidió que publicara en 1964 su relato corto *El pescador*.

En 1965 aparece su libro más maduro, *Consejo de paz*, donde incluye varios poemas anteriores —algunos ya publicados en revistas, otros en sus primeros folletos—, a los que añade varios inéditos. La reproducción en las páginas del *Diario de Las Palmas* al año siguiente del poema titulado como el libro, «Consejo de paz», provocó protestas y desencadenó un consejo de guerra contra el poeta, por interpretarse como una injuria a las fuerzas armadas españolas. Este hecho origina que la poesía de Lezcano se haga en lo sucesivo más combativa e ideologizada, aunque los poemas que escribe por estos años no suelen publicarse, si exceptuamos el folleto *Romances*, editado en 1977 en Madrid por Manuel Padorno y Josefina Betancort, donde recoge nueve romances, de los cuales sólo uno era inédito. En 1968 había publicado su libro de narraciones *Cuentos sin geografía*, ilustrado por Antonio Padrón y en 1982 edita *Cartilla de ajedrez*, librito didáctico donde explicaba a la población escolar las reglas de este juego. Este año, a raíz del frustrado golpe de estado,

comienza su andadura política, primero en la coalición U.P.C. (Unión del Pueblo Canario) y posteriormente en A.C.-I.N.C. (Asamblea Canaria-Izquierda Nacionalista Canaria), donde ha sido consejero de Educación del Cabildo de Gran Canaria y parlamentario regional. La publicación de *Biografía poética* en 1986 tiene el carácter de una recopilación antológica donde el poeta selecciona muestras de su producción. A todo esto se debe añadir prólogos, artículos diversos, cartas abiertas, crítica de libros y alguna polémica literaria, colaboraciones con las que participa esporádicamente en la prensa insular.

Si el primer Pedro Lezcano abarcaba un período aproximado de tres años, el Lezcano de la madurez presenta un arco de escritura mucho más dilatado, pues se extiende desde 1947 hasta el momento presente, con épocas de mayor dedicación al teatro y a la prosa y momentos de escasa producción lírica, caracterizada por poemas circunstanciales de carácter familiar, amistoso o incluso político. Ante la regularidad editorial que presentaba su primera etapa —un libro cada año—, unida a sus colaboraciones en revistas poéticas, la segunda fase de su trayectoria se caracteriza por una gran discontinuidad publicística —median hasta veinte años entre la publicación de sus dos últimos títulos—. Su poesía discurre por un camino personal, ya ajeno al mimetismo de su época inicial. En estos últimos años también ha sido característica su colaboración en publicaciones únicamente canarias y de forma espaciada —*El puntal*, *San Borondón*, *Fablas*, *Alisio*, *El Día*, *Canarias 7*—.

II. ANTOLOGIA

1. EL HUMOR

Tal vez sea el humor la nota que más tempranamente aflora en la obra lezcaniana, ya que sus comienzos fueron como cronista humorístico de la revistas *Spes*; este humor se desarrollará desde la despreocupación juvenil hasta la más sutil ironía, pudiendo llegar en algunas ocasiones al más cruel sarcasmo. La ironía campechana de la «Epístola a Ventura Doreste» desemboca en el más abierto sarcasmo de «Apología de la bomba». Si en algunos de sus libros no parece tener cabida el humor —caso de *Muriendo dos a dos*— siempre es susceptible de advertirse un trazo mordaz, como en «Supervivencia». Irónico es también el talante de «Edicto», de *Antología cercada*, y el mismo tono aparece en varios poemas de *Consejo de paz*, como «Escultor de barro» —si bien muy atemperado—, especialmente en su segunda parte: «Baja», «Instancia», «Poema a la raza». Del mismo carácter humorístico participaban los «poemas al alimón», breves e improvisados debates, por supuesto inéditos, entre Lezcano y algunos compañeros poetas (Doreste, Agustín Millares). El humor, empero, se produce con más abundancia en la prosa de Lezcano. Con la única excepción de «El pescador», todos los relatos de *Cuentos sin geografía* participan de un agudo sentido humorístico, que ya roza el más delicado lirismo —«Manifiesto vegetalista»—, ya se centra en descripciones

realistas y sainetescas —«La chabola»—, sin desdeñar los pasajes donde predominan las observaciones ácidas —«Las hermanas Bonet»—. La prosa crítica del autor bordea frecuentemente el humor como lo demuestran el prólogo a *La zarza ardiendo*, de Sebastián Manuel [Sebastián de la Nuez] y a los *Sonetos andariegos* de Manuel González Sosa, sin contar las réplicas a Felipe Baeza Betancort en la polémica literaria entablada entre ambos en las páginas del *Diario de Las Palmas* en 1963.

1.1. «DIARIO DE UNA MOSCA»

En la rancia biblioteca de un antepasado hallé, como es costumbre de escritores, un «manuscrito» antiguo (entrecomillo el sustantivo por impropio, según se verá más adelante). Algún clérigo anónimo había ensuciado varias hectáreas de papel en especulaciones escolásticas, con tan mala fortuna que su tinta de incognoscible origen se había borrado casi totalmente al cabo de los años. Así me hallé con la sorpresa de un viejo libro encuadernado a la española cuyas páginas estaban, no vírgenes, pero sí viudas, de un blanco amarillento y desolado. Muy escasas palabras del fácil latín en que fuera compuesto habitaba el desértico volumen que en el fin de sus días se encontraba como antes del génesis; peor aún: sin el posible verbo edificante.

A punto estaba de desechar mi hallazgo por inútil, cuando advertí con perplejidad que casi todas las páginas aparecían sembradas de pequeñas notas semejantes a aquellas con que las moscas adornan nuestros objetos más preciados. Supuse primeramente que se trataba de los últimos vestigios de la antigua tinta con que —me aventuro a jurar— el clérigo expondría su postura frente al arduo problema de los universales. Pero cierta confusa simetría en la disposición de los puntitos llamó poderosamente mi atención. Las motas misteriosas guardaban

entre sí distancias regulares y, según pude observar con la lupa, tales puntos no eran uniformes, sino que los había de tres clases: circulares, triangulares y cuadrados. Persuadido de hallarme ante una lengua en clave, inicié mi investigación separando los grupos consonantes que se me antojaban letras, hasta completar un plausible alfabeto todavía desconocido. Imaginé que el latín medieval empleado por el clérigo en su libro de meditaciones sería también el idioma de la escritura puntiforme. Y atendiendo a las palabras de dos signos, hallé un término frecuentemente repetido en el mismo renglón que, tratándose de una supuesta lengua sin artículos, deduje que no era otro que la conjunción «et». Hipótesis confirmada cuando reparé en la palabra simétrica «esse», identificada por su doble consonante. Tres letras conocidas permitieron localizar el tiempo verbal «est» al final de la frase. Seguro ya de mis pesquisas, seguí reuniendo las palabras de dos signos y reconocí «ad», por el hecho de que el término siguiente acababa siempre en la misma letra, la «m» del obligado acusativo. Mi alfabeto se enriquecía rápidamente ante voces como «modesta», con la «o» como única incógnita. La «n» se me desveló prontamente en la palabra capicúa «non», y hubo frases coherentes como «no solum, sed...» en que solamente la «i» y la «u» eran grafismos nuevos. La cuarta vocal conquistada me abrió amplios caminos, pues observando su frecuente vecindad con la «q» desvelé varios pronombres relativos, así como la «i» de la preposición «in», última vocal que se duplicaba en algunos genitivos de la segunda declinación. Desde entonces fue sencillo traducir palabras con sólo añadir una letra a mi repertorio. Obtuve la «r» de la palabra «mater», la «x» de «máxime», la «c» de «medicus», etc. Y de esta forma, desechando alguna pista falsa, completé en una sola tarde todo el alfabeto latino y pude acometer la apasionante traducción de aquel pasaje interlineal y misterioso.

He de confesar mi decepción primera ante el contenido del texto, plagado de conceptos pueriles y grotescos, muy distinto del que era de esperar en un escrito esotérico. Pero lo singular del caso fue mi averiguación por análisis químico de la naturaleza de la tinta empleada por el desconocido pintor puntillista. Su peculiar sistema Morse estaba compuesto, según mi intuitiva deducción primera, por detritus de mosca, estremecedor hallazgo para mí cuando hube traducido el título general de la obra: «Diario de una mosca».

Que un miserable díptero casero conociera y pudiera emplear la lengua de Cicerón con tan deleznable tinta, rompía los moldes de mi credibilidad. Pero ya apuntó don José Ortega y Gasset que sería aventurado negar racionalmente a un cangrejo su capacidad para resolver ecuaciones de segundo grado.

Así pues, como hipótesis provisional y revisable, dejo sentado que una mosca anónima escribió este librito con el ano. Y no puedo decir en correcta semántica que fuera un manuscrito lo que hallé: se me escapa el vocablo preciso, que omito por corrección. Y solamente, con mordacidad y mal gusto, pido al lector que no considere inverosímil este procedimiento de escritura: otros compusieron así sus deplorables libros.

[Capítulo I de «Diario de una mosca». Inédito]

1.2. «INAUGURANDO EL COLEGIO PEDRO LEZCANO»

A Orlando Rodríguez

Jamás imaginé ver mi apellido
en una placa impreso
que no fuera en la última morada
en donde todos nos veremos.
Pero sobre este manantial de vida,
humano semillero
de un colegio, jamás pude soñarlo
ni en el más ilusorio de los sueños.

Hoy no quiero vestir de ceremonia
mi reconocimiento:
sería fatuidad toda modestia.
Quiero pasar el trance sonriendo.

Años y niños veo desfilando
a través de los tiempos.
El barrio de Jinámar tendrá parques,
agua diaria y luz, pulcros comercios.
Los niños bajarán como torrentes
ruidosos, saltarines y risueños.
Y al pasar la fachada
de este hermoso colegio,
me mirarán con cierta antipatía,
subido a ese letrero,
símbolo del estudio que comienza
donde termina el juego.
Algún niño curioso
preguntará al maestro
si el nombre que rotula el edificio
es el nombre del dueño.
Explicará el maestro: este es el nombre
de un señor que hacía versos.

Y pasarán más años y más niños.
Y alguno, descontento
después de vacaciones, con los ojos
nublados aún de sueño,
de una buena pedrada echará abajo
mi apellido paterno.
Y quedará: colegio Pedro, a secas.
¿Quién será este don Pedro?
El profesor, rascándose la duda,
contestará perplejo:
—Yo lo sabía antes,
pero ya no me acuerdo.
Y el profesor consultará más tarde
al director del Centro,
y acordarán complementar la placa
poniendo: Pedro Crespo,
u otro nombre que inspire a los muchachos
el debido respeto.

[*Biografía poética*. Centro de Cultura
Popular Canaria. Ayuntamientos de
Agüimes, Telde y Santa Lucía.
Las Palmas, 1986]

1.3. «APOLOGIA DE LA BOMBA»

De aire en el aire un agorero canto
—sirena analfabeta de tritones—
desorbita los ojos del espanto.
Se desenfrena un ansia de rincones
—geotropismo que a sótanos incita—.
Los cantares se tornan oraciones.

De alas anquilosadas, la maldita
ave llega, emitiendo su voz grave,
desde una giradora margarita.
Y ya: parto en el aire. ¿Un pez? ¿Un ave?
Sin escamas, de soles recamado,
quiere volar, pero volar no sabe.

¡Oh pez entre luceros extraviado,
la inconsecuencia humana hace tu suerte,
hijo del hombre por el hombre odiado!
¡Flecha del mal encinta, si al hacerte
dada te fue premeditada vida
para que dieses concentrada muerte,

¿por qué gimen los labios de la herida
y la causante mano el odio cierra
y se maldice tu misión cumplida?
¡Gloria a tu voz, capullo de la guerra,
que tu estallada flor de algodónero
ensucie el cielo en voladora tierra!

[*Cinco poemas*. Colección para Treinta
Bibliófilos, n.º 8. Las Palmas, 1944]

1.4. «LA CHABOLA»

Cuando anochece igual que hoy sobre la playa, después de haber sacado la red, toda la arena queda sembrada de estrellas marinas color de sangre, que durante la noche conservan su brillo y, como sus hermanas celestes, palidecerán quemadas por el sol de la mañana.

La chabola de Juan el chinchorrero está enclavada sobre la arena, en medio de las estrellas. Una sola pared de piedra seca sostiene la armazón; las otras tres paredes las componen multicolores hojalatas y tablas de cajones en las que aún pueden leerse impresas misteriosas palabras en múltiples idiomas. Por eso Juan, que tiene buen humor y sabe leer periódicos, suele llamar la O.N.U. a su chabola.

—Que Pepa esta madrugada vaya a poner en cola las latas de agua, porque luego se amontona mucha gente. Que Justo no se olvide de ordeñar para el crío. Que Isabela no se vaya al almacén sin limpiar a su abuela...

María, la madre, repartiendo órdenes monótonas, anima el fuele de la cocina, cuyo rezongo azul convoca a la familia al olor del pescado. Una luz de carburo zumba en el techo. Berrea sin cesar el hijo más pequeño, colgado de un retazo de red vieja. Al fondo de la choza, Juanitita, la abuela, ocupa el único colchón aislado con un plástico de invernadero, para que la humedad perpetua de la vieja no llegue hasta los niños.

—¿Te vas a callar, condenado?

Ya a medio morir, Juanitita la abuela, sólo abre los ojos tres veces al día para beber café. Pero como una resaca pequeña y familiar, se le oye a todas horas quién sabe qué rezados.

A Juanitita la llamaban Juanona cuando niña, Juana siendo mujer hermosa, Juanita al enviudar ya entrada en

años, y ahora, apenas hilvanada ya a este mundo, la llaman Juanitita, como si su nombre, menguante año tras año, no fuese el de ella misma, sino el de su futuro, cada vez más chico.

—Juan, deberías pasarte por el tinglado de los americanos, por si consigues otra plancha para el techo, que el relente gotea en las mantas.

Pero no hay demasiada humedad en la chabola de Juan el chinchorrero; sólo en las altas mareas del Pino rezuma la sal mojada al caminar. Por suerte en esas fechas aún suele hacer calor.

—Hoy los americanos han echado otro cohete, y dicen que nos pasará por arriba esta noche.

María saca de la cazuela el pescado, que de puro fresco se revira sobre las papas nuevas.

—No comprendo cómo se privan con un volador que ni hace chispas ni mete ruido.

Juan deja apagar, para después, su virginio. Se reparte la cena, mientras María amasa gofio y caldo con una vara verde. De pronto, afuera ladra un perro, y unas pisadas llegan de los sonoros guijarros hasta la silenciosa arena. Alguien se ha detenido en el umbral, y una mano desconocida aparta la cortina de lona de la entrada. Bajo el dintel se encorva un señor rubio y elegante, que con extraño acento, dice a la familia:

—Rogamos desconecten televisión, nevera y electrodomésticos hasta mañana, para no interferencia al paso del satélite. Gracias.

Dicho lo cual y como un ánima, el visitante desaparece.

¿Cuálo dijo que hiciéramos?—susurra al cabo María.

—Ha de ser este crío llorón que despierta a todo el mundo. Como no lo callemos, acabarán echándonos de aquí.

Y esta cena no tiene sobremesa. Cañazo al niño, soplo al carburo, y un asustado arrebujar de mantas en la penumbra lunar de la chabola de Juan el chinchorrero.

[*Cuentos sin geografía y otras narraciones*. Colección San Borondón. Ediciones del Museo Canario. Las Palmas, 1968]

1.5. «LAS HERMANAS BONET»

En la ciudad hay una calle rotulada «Hermanas Bonet». Yo me había preguntado muchas veces quiénes serían estas célebres mujeres que dieran su apellido a una calle. Darlos a unos robustos hijos hubiera placido más a aquellas dos fraternas solteronas: luego lo supe. Averigüé por pura coincidencia la gris historia de las Bonet, mujeres a las que nada había ocurrido en la vida digno de mención. Y sin embargo, muy cerca de la casa en que habitaron, un rótulo de mármol las nombraba, como si se tratase de una placa profesional de la inmortalidad. De semejante manera se han formado otras celebridades en el mundo: sólo por nacer así, con el destino de la gloria o de la fortuna.

Créase o no, voy a contar el caso de las hermanas Bonet, doncellas hasta el mismo momento de su desintegración en el humus.

Huérfanas muy tempranas y sometidas a los rigurosos internados con que se pretendía asegurarles la honestidad más aquilatada, no advirtieron en ellas sus tutores que la virtud contaba en aquel caso con guardianes insobornables: la timidez y la fealdad más acendradas.

Si bien es verdad que cada hermana aisladamente habría hallado en la ciudad mujer de menor donaire y hermosura, ambas juntas sumando su desgarbo hacían imposible toda competencia.

Y sin embargo, ya el consuelo de la mutua contemplación, ya su hermandad solitaria, hacían inseparables a las dos desvalidas criaturas. Iban pasando años que, con cada arruga o decepción, fortalecían aquella unión en el más plácido renunciamento. Sexagenarias ya, y sin que nada pudiera hacer suponer la gloria que vendría a nimbearlas, perdieron la vista, y hubieron de abandonar las

labores, señaladamente aquellas tarjetas postales que ellas bordaban con hilos de colores y encajes de muy dudoso gusto. No les cupo otro divertimento que hacer visitas, y a ello se aplicaron con ardor.

Eso sí, no hubo en la ciudad hijo recién nacido de decentes padres que no recibiera sus carantoñas, ni se pudo hablar de fallecimiento sin el grave plañido de las Bonet, ni de fiesta onomástica sin sus correctas felicitaciones. Mas era la visitación de cumplimiento, sin más motivo que el de mostrar afecto, la verdadera especialidad de nuestras protagonistas.

Es sabido que mediante la visita se practican ejercicios de mortificación y mansedumbre en una ceremonia de carácter religioso —devuelvo aquí a este adjetivo su genuina significación de atadura, ligazón, ceñimiento sociales—. Empléanse para este rito sillas mortificantes y gabinetes repulsivos que rechazan de plano toda idea de sensualismo. Allí se va a sufrir, a cumplir un deber con el prójimo. La conversación es mortecina y reiterante; siempre se dicen las mismas cosas, naturalmente, porque nos hallamos en una ceremonia, no en una tertulia de café. Al terminar la visitación finaliza el acto ascético, pero sólo el primer acto, pues el segundo se ha de celebrar en la sala de los visitantes. Los endeble morales terminan la ceremonia exhaustos y aún intentan abreviarla mediante exorcismos, como la inversión de la escoba y otros recursos netamente mágicos. Pero es en vano: los practicantes pundonorosos, como lo eran las hermanas Bonet, terminan a su tiempo formal, sin precipitaciones. Vistiendo un uniforme solemne de ceremonia —en su caso, dos austeros vestidos de viuda sin recuerdo, con un pequeño lazo frívolo evocador de la doncellez— las hermanas cumplían rigurosamente con todo el mundo. Y es forzoso reconocer que ya en aquellos tiempos esta conducta ejemplar no estaba generalizada. Ciertamente es que todo ciudadano soportaba la presencia de las ancianas,

sin que la rigidez de los músculos faciales denunciara el bostezo. Pero pocos, escasísimos eran quienes devolvían la visita. Podría decirse que todas las familias de la ciudad debían visita a las buenas señoras, visita que jamás se decidían a cumplimentar. Pero un día... ¿qué oscuros ángeles redentores laboraron en la conciencia colectiva, impulsándola a saldar sus viejas cuentas morales con las ejemplares hermanas? Es cierto que por aquellos días las restricciones de fluido eléctrico convertían el cine en un espectáculo inseguro, y que los paseos veíanse desamparados por temor a las lloviznas abribeñas. Pero estas débiles razones no explican que el mismo día de primavera, unas cuatrocientas familias en deuda con las señoras Bonet, se decidieran a cumplir su compromiso social largamente aplazado. Una manifestación unánime y populosa se congregó aquella tarde en torno al domicilio de las sexagenarias.

* * *

Los que se dirigían al lugar, dispuestos a cumplir el penoso deber, iban por momentos persuadiéndose de la insospechada popularidad de las obsequiadas, y se arrepentían de haber descuidado por tanto tiempo aquel compromiso.

Decíanse unos a otros:

—Las señoritas Bonet son nuestras más íntimas amigas.

—Pues a mi casa no faltan ellas ni una sola semana.

—Nuestra amistad es distinta: somos como una familia.

Todo transeúnte al que admiraba tanta muchedumbre silenciosa, quedábase detenido en pesquisas del misterioso suceso, aumentando así la nutrida concurrencia. Ante el

frontal de la modesta casa sólo se oía el susurro de las personas que respondían a los curiosos, pronunciando, sobrecogidas, el apellido de las Bonet.

—¡Las hermanas Bonet! ¡Son las hermanas Bonet!
—repetían las masas estremecidas por el eco.

Los más audaces o deseosos de honores ascendieron las escaleras de las egregias visitadas, e irrumpieron en el estrecho domicilio con el espanto de las pobres señoras.

—¿Queda más gente fuera? —preguntó temblorosa la más templada de las hermanas.

—¡Queda toda la plaza, distinguidas señoritas!
—contestaron.

Por comprobar tamaña enormidad, las hermanas hubieron de asomarse al balcón, y allí quedaron sobre la multitud, boquiabiertas mientras atronaba la plaza un espontáneo aplauso.

Naturalmente, cuando una muchedumbre se congrega bajo un balcón al cual se asoman dos personas, sobreviene por automatismo el vítor y el aplauso.

Y como ni el gentío ni las homenajeadas conocían la razón de todo aquello, nadie se decidía a suspender la algazara, que se prolongó largo rato. De repente la conciencia oscura de la masa cayó en un tenso silencio. La plazoleta permaneció muda y quieta como una fotografía de sí misma, hasta que algunas voces exclamaron:

—¡Que hablen las señoras Bonet, que hablen!...

Hablar con exceso había sido debilidad de las dos hermanas; pero ser escuchadas constituyó una novedad turbadora en sus vidas. No pudieron articular palabra, a

pesar de que alguien manifestara luego no haber oído discurso más juicioso. Reanudáronse las aclamaciones, aderezadas esta vez con iracundos bocinazos de los vehículos forzosamente detenidos. A la perentoria llamada de los cláxones acudió la guardia municipal, que poco logró hacer por dispersar al público. Un agente telefoneó al cuartelillo, y la noticia del caso fue metamorfoseándose de un auricular a otro:

—Unos quinientos visitantes de las hermanas Bonet han llegado de todos sitios y taponan la circulación.

—Varios millares de adeptos a las hermanas Bonet han desembarcado en la isla y copan las calles de la ciudad.

En días como aquellos, en que por votación popular dirimíanse los cargos más importantes del municipio, no era aconsejable permitir desmanes públicos. Por eso el Alcalde fue informado inmediatamente del suceso por el Jefe de la guardia en persona. Su Excelencia no conocía el nombre de las hermanas Bonet, pero se libró muy bien de confesar tamaña ignorancia ante un subordinado. Por el contrario, sugirió la idea de enviar a las influyentes señoras una comisión oficial para saludarlas y tratar de ganar su voluntad, con vistas a las próximas candidaturas.

Cuando el automóvil oficial se detuvo frente al domicilio de las Bonet, todavía clamaba la muchedumbre requiriéndolas al balcón. Pero enmudeció en presencia de la ley y fueron retirándose defraudados, aunque gran cantidad de personas no abandonarían el lugar hasta ver en qué paraba todo aquello.

Y esta fue, si no yerran mis averiguaciones, toda la historia de las hermanas Bonet, que Dios tenga en igual gloria que los hombres.

Parece ser que no sobrevivieron a aquel memorable día más de seis meses. Como todo lo hacían juntas y

discretamente, una tarde exhalaban sus últimos suspiros e hicieron su visita al otro mundo. Pero sus últimos días habían sido de gloria, frecuentado su trato por lo más selecto de la ciudad, que encomiaba su conversación, sus muebles y hasta sus tarjetitas bordadas, con aquellos hilos de colores bellísimos. Los nuevos concejales, entrantes gracias a los incontables votos que partieron de la casa de las hermanas, propusieron bautizar una calle con tan inolvidable apellido. Y allí está el rótulo, «Hermanas Bonet», tal una placa profesional de la inmortalidad.

Porque existen multitud de personas a las que el pueblo —con su infalible oscuro instinto— ha alzado para siempre en volandas de la celebridad.

[*Cuentos sin geografía y
otras narraciones.* Colección
San Borondón. Ediciones
del Museo Canario.
Las Palmas, 1968]

1.6. «SEGUIDILLAS DEL DOMINGO PROVINCIANO»

Qué felices las gentes
yendo a la iglesia,
con el vestido nuevo
y el alma vieja.
Si el cura les perdona
vuelven y pecan,
¡y qué dulce les sabe
la reincidencia!

Qué felices las gentes
que son eternas.
Ni la muerte les daña
ni la existencia.
A la moral prefieren
la moraleja,
y en todo instante saben
por la etiqueta
si las buenas acciones
se llevan puestas.

Haz siempre lo que vieres
en tu vecino,
que es el no distinguirse
lo distinguido.
Contra maledicencias:
no dar motivo,
que no hay pecado grave
si no hace ruido.

Este es el mandamiento
del buen domingo:
has de aburrir al prójimo
como a ti mismo.

[*Fablas* (Las Palmas), n.º 3
(febrero 1970)]

1.7. «EL ANFITRION»

El anfitrión me dijo,
con su frondosa barba dividida
en dos por la sonrisa:

—Ahora que has degustado
las mieles de los postres en mi mesa,
reconozco que fuiste
un grato comensal agradecido.
Detesto por igual al desdeñoso
asceta de mis dones
que a la mano voraz y rapiñera
que apresa el pan y no acaricia el trigo.
Conversando, has probado mis manjares
—acaso con exceso— y disculpaste
si se me fue la mano en la sal de los mares,
si la carne era escasa en ocasiones,
amargo el pan diario o agrio el vino.
Aceptaste las viandas sonriendo
y apartaste sin quejas las espinas.
Jamás miraste al plato del vecino...

Con las postreras mieles en la boca,
bébete el café negro de la noche
y piérdete en la niebla de un habano.

Te volveré a invitar en el invierno,
si abro el alto chalet de las estrellas
a los buenos amigos.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

2. COSTUMBRISMO

Pese a su origen castellano, el interés de Lezcano por los temas relacionados con la realidad canaria se evidencia ya desde sus escritos juveniles. Se trata de una imperiosa voluntad del autor por aproximarse al mundo canario y a su realidad cultural. El autor observa el habla, las costumbres y los problemas isleños, y este interés le llevará al terreno movedizo del pintoresquismo en algunos momentos. *Romancero canario* es un claro exponente de esta tendencia lezcaniana a reproducir personajes populares que se expresan utilizando un léxico dialectal y actúan guiados de una primaria simplicidad campesina. Su poema escenificado *La ruleta del sur* participa en la misma tónica del poemario citado y eminentemente costumbristas son algunos de sus *Cuentos sin geografía*.

2.1. «LA NOVIA DEL BARQUERO»

La verdad de Dios, yo he sido
muy duro con las mujeres.
No es por echármelas. Una
por poco me echa las redes.

Estaba la mar picada
por un viento del oeste
cuando me fui tierra adentro
—cosas que hago pocas veces—.

Tienen los campos del centro
más colores que los guerdos.
(Oiga, ¿por qué son las hojas
del eucaliptus tan verdes
si son azules de niñas
y rojas cuando se mueren?)

Blanca como un sargo blanco
salía la luna a verme
cuando me encontré a la moza
cerca de Tamaraceite.

A lo primero enseñaba
más espinas que las nueces,
pero se me fue endulzando,
viendo que yo era decente.

Tenía miel en la boca
como un higo de Valverde.
Debajo de la mantilla
brincaban soles y peces.
Mar de fondo en sus caderas
y mar en calma su frente.

Cuando le hablaba de amores
se puso a la sombra adrede.

Los dátiles parecían
bocas de maledicentes.
Levantaron las orejas
todas las pitas agrestes
y las tuneras de Indias
dieron flores de repente.

—¿Pero qué dices, mi niña,
que deje la mar, que deje
mis trasmayos y mis barcas,
mis arpones y mis redes?

¿Que me ponga dos zapatos,
que me peine con un peine,
que me vista como un muerto
y me entierre entre paredes?

¿Pero qué dices, mi niña?
Ni lo digas ni lo pienses.

¿No ves que tengo la cara
tan salada como un cherne,
que tengo brea en los labios,
que tengo yodo en las sienes,
que tengo sal en las manos
y la alta mar en la frente?

Marcha con tus vacas, marcha,
o vente al mar con mi gente.

Y se quedó con sus vacas.
¡Son cosas de las mujeres!

[*Romancero canario*. Cuadernos de
poesía y crítica, n.º 5.
Las Palmas, 1946]

2.2. «LA RULETA DEL SUR» (escena segunda)

Inglés: Eres demasiado hermosa,
muchacha, para el trabajo.
Deja la rafia en el suelo
y siéntate a hablar un rato.

Andrea: Míster, me voy a manchar
el miriñaque de saco.

Inglés: Contenta llevas las penas.

Andrea: Reír es lo más barato.
¿Qué hace el amo por aquí?

Inglés: Como dicen tus paisanos,
el abono de la tierra
es la pisada del amo.
Mas ya las abonas tú,
el labrador de más garbo.
Siembras con cada mirada,
abonas con cada paso,
y atas el fruto maduro
de mi pecho con tus manos.

Andrea: Pero no cosecho fruto,
que se lo llevan sus barcos.

Inglés: A ti quisiera llevarte,
fruto caliente y dorado.

Andrea: No soy fruto de exportar.

Inglés: ¡Te exportaría en mis brazos!

Andrea: Soy el fruto que se queda
para que coma el ganado.

- Inglés:* Eres el fruto más puro
en esta tierra plantado.
Savia alorosa, no sangre,
alza tu tallo, y tu tallo
rompe en dos frutos gemelos,
llovidos por tu peinado.
Azúcar eres, perfume,
primavera, sol y canto.
Por tu boca soplan brisas
y en tu voz anidan pájaros.
- Andrea:* Míster, tanto beletén
está empalagando al bayfo.
- Inglés:* Bella eres, pero fría
como cumbre que no alcanzo.
¿Qué me dices de mi amor?
- Andrea:* Yo si le digo le engaño.
Mucho verde y poco oro,
mucha barba y poco grano
tiene su piña, señor.
Diga lo que quiere, y claro.
- Inglés:* Protegerte, mejorarte,
librarte de este trabajo
donde tan sólo los guirres
te entoldan de cuando en cuando.
- Andrea:* ¿Y cómo he de pagar yo?
- Inglés:* Decretando puerto franco
tu tallo y tu corazón.
- Andrea:* No me lo diga, cristiano.
Por una cosa tan chica
que caben cinco en la mano
soy suya de moño a plantas.

Inglés: ¿Qué es ello, que vale tanto?

Andrea: Sólo un anillo.

Inglés: ¿Un anillo?
Tendrás diez con diez topacios.

Andrea: Uno sólo quiero, inglés.
Que me lo pongan rezando.
Yo con un ramo de flores,
y usted a mi lado sin ramo.
Juntos como día y noche:
uno negro y otro blanco...

[«*La ruleta del sur*», en *Biografía poética*. Centro de Cultura Popular Canaria. Ayuntamientos de Agüimes, Telde y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

2.3. «NAVIDAD»

Todo lo está proclamando:
¡A nacer! ¡A renacer!

Maizales con voz de caña,
abejas con voz de miel,
acequias alegantinas:
¡a nacer!

Beletén se ha vuelto el plátano,
beletén.
La barca quiere ser cuna
y la palmera también.
Caricia la tarozada,
pañal el amanecer.

¡A nacer!

[*Diario de Las Palmas*, 21 de
diciembre de 1963]

3. EL MAR

No es menos significativa la presencia del mar en Lezcano, especialmente en los poemas de su primera época en la que, al residir fuera de las islas, su nostalgia se patentiza en una reiterada evocación. Aparecía ya el mar como el entorno de algunos poemas del *Romancero canario*, especialmente en «La novia del barquero», «El crimen de Arinaga» y «Consejos», que nos presentaban un diálogo entre dos amantes (una campesina y otro marinero), un crimen pasional con el mar al fondo y severas admoniciones contra las gentes del mar, respectivamente. La atracción del mar se hace aún más patente en *Muriendo dos a dos*, cuya primera parte estaba formada por cuatro sonetos agrupados muy significativamente bajo el epígrafe común de «Regreso al mar» —«Olvido», «Deseo», «Soleidad» y «Playa»— Aunque continúa siendo fundamental en su cuento «El pescador», se trata de una temática cultivada preferentemente en su etapa inicial.

3.1. «PLAYA»

Alfombrada de senos por la brisa,
fue, como toda tierra, destinada
a ser urna de carne desechada,
molde eterno de todo quien la pisa.

Dulcificada por la mano lisa
de espuma y sal, desnaturalizada,
ya esta tierra del mar, tibia y dorada,
abonada de sol, florece en risa.

Dejo el retiro gris de libro y pluma,
trocando por alegre paganía
este dolor abstracto que me abruma.

¡Ay tantos sueños a la luz del día,
en esta tierra que amansó la espuma,
que no ha soñado nadie todavía!...

[*Muriendo dos a dos*. Colección
de poesía Halcón, n.º 8.
Valladolid, 1947]

3.2. «EL PESCADOR»

I

Simeón, por fin, alcanzó a ver la mar desde un otero. Sentóse en una piedra que ardía de sol, se quitó los zapatos odiosos y los tiró por la ladera. ¡Qué libremente descendió los riscos hasta mojarse las doloridas plantas en la espuma!

Allí quedó dormido hasta el anochecer, cuando la brisa helada le sacudió el sueño. Entonces cavó un nicho en la arena bien seca y se metió en él para pasar la noche escondido del viento. La superficie de la arena se enfriaba por la noche, pero guarda el calor del sol arropado en su seno. ¿Cuántos meses hacía que Simeón había abandonado la costa, buscando mejor suerte? Jamás volvería a equivocarse así. El era un pescador y no debió dejar la mar por muy dura que fuera: más dura era la tierra y más propia de muertos. Simeón miraba las estrellas desde su tibia zanja, y oía la resaca como susurro de un consejo. Buena lección aquella. Como recién despierto de un mal sueño, comenzó a recordar...

La verdad era que las cosas marchaban mal en la costa. Luna a luna iba fondeando en su cabeza la idea de buscar fortuna tierra adentro. ¡Mal peje aquella idea! ¿Pero qué hacer si no? La última semana, una mar de leva enturbiaba las aguas, y no tuvo paciencia para aguardar zurciendo redes como todos; determinó su huida. Soltero y sin viejos por quienes bogar, sólo la novia le prendía. Pero a las mujeres hay que decirles la verdad. Y también a las cabras que enflaquecían en su corral. Con un bichero calentado al rojo marcó sus cabras y, llevadas al monte, las soltó dándoles voces. La cabrilla pintada y la negra murga, que eran tan amorosas, se negaban a irse, hasta que hubo de apedrearles el lomo... Quizá a estas lunas

estén ya muertas todas en una tierra donde la aulaga se mustia de sed, pero es ley del mal año libertar los animales que no podemos mantener. Luego Simeón dijo adiós a su novia. Nada replicó ella, porque el hombre sabe más de conveniencias; sólo le preguntó si llevaba algún dinero. Y él no mintió respondiendo que vendería alguna cosa, pero no el aparejo y la barca, que ella debería guardar. Algo tenía Simeón de valor para vender, así lo hizo antes de irse.

—Juan, tú que has tenido suerte, debes darme algún dinero por mis piedras de pesca. Esto dijo a un pescador vecino. Juan le miró muy serio, porque cuando un hombre vende los secretos de la mar debe andar muy desesperado.

—Vamos.

Y levantaron velas, y los dos estuvieron muchas horas por los hondos del mar y Simeón fue revelando a Juan sus piedras más ricas de pescado, las que había recibido de sus padres y deberían ser para sus hijos. La verdad es que Simeón reservó algunos secretillos, aunque entrega los veriles de meros, las peñas erizadas a menos de dos liñas donde los roncadores abundan como arena, los fondos de las samas roqueras que él había engodado pocos días atrás. Aconsejó Simeón:

De vez en cuando echa algún cesto de sardinas en cada piedra; hay que dar algo; que también en la mar se siembra.

En la mar se sembraba. Juan sabía todo esto; pues era pescador antiguo. ¿No se ara el mar con las quillas? ¿No se siembra una breve sardina como cebo para obtener por cosecha un pez mayor?

Simeón vendió los heredados secretos de pesca, y a poco llora sobre ellos. Vendía juntamente los penosos

hallazgos de sus mayores y su propia infancia aún tan cercana. Vendía sus recuerdos: aquel mero que pescó de niño, que pesaba más que él mismo. Aún se veía el corte hondo de la liña entre sus dedos. Era un atardecer. Simeón temblaba de miedo y frío en la barca de su padre. Habían oído roncar las corvinas desde el fondo del mar. Era un ronquido sordo y misterioso que salía de los hondones como una amenaza. A Simeón le clavó su padre una sardina viva en el anzuelo, y él soltó liña. Hundió el plomo hasta el fondo y luego levantó con tacto. Rezaba porque no le picara uno de aquellos peces extraños que tenían voz, contra la ley del mar. Y en seguida sintió un tirón brutal que le hizo brotar sangre de las manos. Pero Simeón se obstinó en halar, mientras su padre le miraba con orgullo. De pronto el pez dejó de pesar, como si hubiera inflado su vejiga y subiera, aboyado. Por ello supo Simeón que no era una corvina lo que tenía en el anzuelo, sino un mero. El animal apareció al rato sobre el agua, con los ojos saltados. Era el mayor que Simeón había visto.

Juan sabía todo esto, que era pescador antiguo. Pagó las revelaciones al amigo emigrante y le deseó suerte.

Mala fue ésta. Y no por otra cosa sino porque la mar hace al hombre distinto, y mal se apaña en seco. Las mujeres hermosas y los lujos que viera Simeón no fueron su desdicha. Por costumbre él sabía estar sediento frente a tanta agua como la del mar y esperar sosegado. Se empleó en una cantera, y picó sobre la montaña blanca hasta cegarse. Pronto le pusieron a desmenuzar la piedra junto al gran horno, con mejor jornal. El calor le dejaba las pestañas claras y rizosas; pero aprendió a disponer las capas de grava y de carbón sobre la piedra blanca. El misterio del horno que jamás se apagaba ni había que encenderlo, dio magia a su trabajo. Oyó decir que el horno ardía sin parar desde que él era niño. Simeón

empezaba a estar contento. Pero un día halló su comida empolvada de cal, y su jergón lleno de pencas de tunera. El capataz le odiaba porque trabajaba ciegamente, con la urgencia del que viene de fuera por mejorar. Y dejó el empleo como un niño que no entiende el castigo. El sabía luchar contra el aguaje o el pez de cuero, pero no contra el odio. Entonces Simeón padeció hambre, un hambre nueva, desoladora y terrible. Porque la mar puede ser agria y espantar la sardina o la albacora y hundir al hombre en la miseria; pero basta una piedra mojada en el momento en que la luna se eleva para que un hombre amanse el perro rabioso del hambre con unas lapas asadas o un pulpo secado al sol. Es de admirar cómo una ciudad colmada de despensas puede dejar morir a un hombre solo, mientras los demás hombres le saludan y hablan finamente. Uno mira a la cara de la mar y sabe qué esperar de ella; pero los hombres... Simeón, como todo espíritu sencillo, no acababa de comprender el mecanismo del trabajo en las ciudades. Don Antonio, don Luis, don Alejandro, todos los amos con quienes había trabajado seguían siendo para Simeón tan incomprensibles como el primer día. A veces Simeón en la ciudad se sentía en ridículo trabajando, como un payaso o un tonto. Nunca sabía lo que el trabajo iba a depararle. A veces todo el secreto estaba en apartar las piedras pequeñas que había en un montón de piedras grandes; otras veces era preciso escoger las grandes y tirar las pequeñas. Sacos de carbón o de grano, tablones o hierros larguísimos y finos... Moviendo de aquí para allá cosas que no sirven para comer, se obtenía por fin algo de comida. Tierra adentro faltaba la sencillez y el buen juicio, y Simeón se sentía tan en ridículo como aquella cabra de su niñez que llamaban Barrigaverde. Barrigaverde era una cabra amaestrada que traía un moro para las fiestas. Al compás de una música de trompeta, la cabra se subía lentamente al gollete de una botella puesta en tierra. Después recibía del moro un ramito de alfalfa. A Simeón —era todavía un niño— le enamoró la vieja cabra amaestrada. Un día robó a su

madre una brazada de alfalfa, y saltó el cercadillo en que el moro guardaba a Barrigaverde.

—Toma, cabrita. Toma, Barriguitaverde.

Simeón le dio la alfalfa a oler, acariciándole el lomo. La cabra tenía unos lagrimones secos colgándole de las pestañas. Miró la hierba y se puso a sufrir, inquieta, dando vueltas y grandes tirones de la cadena. Simeón esperó a que comiera, pero la cabra no hizo sino gimotear y buscar a su alrededor algo que no hallaba. Después de largo rato, Simeón se llevó intacta la alfalfa, compungido por no poder entender a una cabra ciudadana. Ahora es cuando lo entendía Simeón. La tragedia de la cabra amaestrada era la suya. Barrigaverde no sabía comer sin subirse antes al gollete de una botella.

Semana tras semana, Simeón había probado aquella hambre, poblada de sonrisas y saludos. Pero un día, sin saber por qué, Simeón comenzó a caminar hacia el sur. Sentía náuseas y mareos, pero recorrió aldeas y sembrados en dirección fija, como respondiendo a una misteriosa llamada de la mar. Cayó rendido, y le reanimaron con higos de tunera, frescos como la mañana. Durmió bajo los tarajales y bebió de pozos salobres. Cuanto más se acercaba a la costa, el agua de los pozos era más salada. Cuanto peor sabía el agua, con más aliento bebía Simeón, porque era el mar, su mar, quien le tendía una mano por debajo de la tierra.

Y allí estaba por fin Simeón en su ataúd de arena, cobijado del viento mientras el murmullo del agua le fortalecía como un consejo amigo y centenario.

II

Las pardelas cesaron su canto nocturno que imitaba el llanto de un recién nacido. Simeón se incorporó en su nicho, con la fatiga de un resucitado. Le ardían los pies todavía; pero Simeón escaló un alto risco, siguiendo los blancos rastros de las aves marinas, hasta encontrar un nido de pardelas. Tenía cuatro crías y escogió la mayor; le ató un cordel en torno al pico para que no derramara aceite, y descendió del risco. Con la grasa del ave se curó los pies; después asó la carne incendiando una aulaga y comió. Durante la mañana fue recorriendo la costa hacia el este. Por la tarde divisó la docena de casas de una aldea costera, y conoció que le faltaba poco trecho para llegar a la suya. En la primera casa bebió agua, sin hartarse. Un corro de hombres sentados en tierra tejía una guerdera de alambre amarillo. Simeón saludó pausadamente. El marino más viejo, sin levantar la cabeza, le miró los pies, y supo que era pescador y que venía de lejos. Simeón se sentó en un hueco del corro, devanó alambre en una aguja de caña, y tejó malla por un lado. Todos comentaban incidencias de pesca, y más que nada la noticia de que el atún se había cantado hacia el sur de la isla. Correspondía a Simeón trabajar en silencio, pero dijo en voz baja:

—Traigo una idea.

Los demás escucharon, encendiendo cachimbas al soco de la camisa.

Es una idea sencilla —prosiguió Simeón—. Nosotros pescamos samas, vocinegros o sargos, los abrimos en dos por el lomo, los dejamos en sal doce horas y luego los tendemos al sol recién lavados como cosas de vestir. Mermados en dos tercios de su peso, los vendemos a los que un día llegan a las playas con un burro o con un

camello. Y siempre al mismo precio, porque un mero es un mero cualquier año. Pero al siguiente verano los compradores retornan a las playas, y traen dos burros y dos camellos, y están gordos sin mojarse y nosotros más flacos. Y todo porque ellos saben que un mero es un mero siempre, pero lo paga como dos quien lo necesita. Mi idea es comprar nosotros el burro o el camello, y aprender a engordar como otros.

Simeón terminó su plática, y esperó a que sus palabras fueran tocando fondo en los que escuchaban.

Anochece cuando las mujeres se arrodillaron en la calle, para alfombrar un buen trecho de empedrado con mejillones puestos de perfil. Después amontonaron ramajes secos sobre ellos y encendieron una gran fogata. Cuando la luz roja y temblona quedó en cenizas, una anciana barrió los rescoldos con una escoba de palma, mientras otra abanaba las briznas con su amplia sombrera. Se extendió en seguida el olor del marisco asado. Simeón comió lo que quiso, y quedó después dormido en un montón de redes.

El alba lo despertó por costumbre. Llegóse hasta la playa, donde los hombres empujaban al agua las embarcaciones sobre los engrasados parales. Alguien dijo: «Si quieres embarcar, faltan brazos».

Y Simeón subió a un barquillo de dos proas que muy pronto perdió de vista el pueblo. Para mejor suerte, la ruta de la barca era hacia el sol, y ahorraría a Simeón camino. A seis brazas de agua, el cristal de popa cantó la sardina. Estaba muy quieta y mezclada con bogas, lo que la hace más mansa. Echaron la red, envolvieron el manterío de sardinas en amplio arco que fue cerrando sus extremos poco a poco. Ya empezaban a recoger los hombres, y las manos llegaban a la boca del copo, cuando ocurrió algo malo. Quizá voraces pejerreyes o algún gran

pez de cuero embestió a la copada sardina y rasgó la red. Flácido y maltrecho subió el copo a bordo, con unos pocos kilos de sardinas enredados en las mallas. Nada mejor se hizo aquel día. Simeón desembarcó, y esperó en pie sobre los riscos hasta perder de vista el bote, de regreso a su playa. Entonces, tomó camino hacia la suya, que ya quedaba cerca.

¡El pueblo! De repente apareció como ilusión a sus ojos. Lo primero que brilló fue la plata de la sardina tendida al sol sobre las peñas. Luego, las casitas techadas con masa de barro y trigo, que rodeaban el horno de pan como si fuera un templo. Sobre el calor del horno alcanzó a ver las gallinas ya acostadas. Piñas de maíz madurando en los terrados y redes y velas sobre la arena...

Ya ha atardecido. Han llegado las barcas de vela latina a la bonanza de la ensenada. Ya arrían trapos y por su propio impulso encallan suavemente en la arena mojada. Corren a la orilla las mujeres y los niños panzudos, transportando los leños engrasados para varar los botes. Cada hombre de proa lanza un cabo a las mujeres, que empiezan a halar lenta, cansinamente. Simeón ve a su novia en una de las filas de mujeres. Los hombres han saltado de los botes y ayudan a varar. Simeón se aproxima a la sogá que sujeta la novia y se pone a halar a su lado. Aún no le ha visto ella. Blanca como la espuma ha de seguir su piel bajo tanto palio. Una sombrera de palma, un pañuelo, mediasmangas postizas y gruesas medias grises privan del sol su cuerpo. Hasta el dorso de sus manos lo oculta el maniteque. Simeón levanta el maniteque como una valva de almeja y coloca su mano sobre la de ella, recién descubierta. Entonces la novia le mira.

Todo sigue lo mismo. Han secado los pozos, pero el agua de beber no falta. Arde la aulaga recién arrancada, pero así hay leña. Algún vecino ha ido al monte a recobrar

sus cabras sueltas. Las muchachas quieren casarse, porque la miseria con amor no se agrava.

Simeón sonríe, porque él trae una idea. Allí está el mar y su novia y su barca. Allí los hombres se comprenden unos a otros con sólo mirarse.

Una mujer en este instante canta a lo lejos:

Secan pozos, secan cabras,
secan madres de ayunar.
Pero los que nunca secan
son mis ojos y la mar.

[*El pescador*. Tagoro.
Las Palmas, 1964 (posteriormente
incluido en *Cuentos
sin geografía*). San Borondón,
Las Palmas, 1968]

4. BIOGRAFISMO

La apoyatura autobiográfica sostiene algunos poemas de Lezcano. En su segunda entrega, *Poesía*, figuraban ya tres elegías motivadas por la muerte de tres seres queridos del poeta: su madre, su viejo perro y su amigo Antonio González. El dolor por la pérdida se expresa en la primera de ellas en largos alejandrinos que evocan a la madre nunca conocida —la madre del autor murió en el parto—, pasando a una grave meditación sobre el poder igualitario de la muerte que equipara a los hombres con el resto de los seres en el segundo poema. El tercero, fuertemente influenciando por Miguel Hernández, era el más endeble; pero su honda emoción vital es la misma que en las anteriores composiciones. No es Lezcano un poeta eminentemente autobiográfico, pero varios de sus poemas van referidos muy directamente a personas y hechos reales, circunstancia, por otra parte, nada extraña en un autor siempre comprometido con los seres que lo rodean.

4.1. «PARA MI MADRE»

En búsqueda

Yo me recuerdo niño soñador de caricias
acechando en mis pasos una intención de senda.
Tú, madre, apenas bucle laminado en un libro
y alabanzas tardías de viejas plañideras.

Me acuerdo. Cal y barro. La lid de las esquinas.
Y ante mi guardapolvo, trajes de fiesta en fuga.
Yo inconsciente buscaba. Oh, mi busca primera
por salones de miedo y sábanas de tundra.

Mis dedos eran odres de caricias sin nadie
—caricias despeñadas por el lomo de un gato—.
Autodidacto en besos y cálidas palabras
fui, mientras mi garganta se inauguraba en llanto.

Cuando olvidé en mujeres la mujer que buscaba
o perseguí en los libros la axila de la ciencia;
cuando viví sin tregua, viví a muerte la vida,
llamaba ya a mi pecho la aldaba de la muerta.

Pero no abrí. Las sombras me nimbaban la frente.
Mi sombra era una mancha guiadora en la tierra,
y yo, sombra asombrada de su sombra, seguía
preguntándole a nadie. (Las sombras no contestan).

Aquellos que nacimos en un lecho de muerte
estamos condenados a no reír al sol,
llegados bajo el signo macabro del gusano
vividor de la muerte y agosto de la flor.

Como a través del aire calentado de estío,
como a través de siglos, como a través de lágrimas,
irreal como la estrella sobre las chimeneas,
me puse en duda, nombre sin realidad nombrada.

Necesitaba madre. Necesitaba fuente
donde beber, de donde un día haber bebido.
Y rebusqué tus ojos, madre, por los arcones,
tus ojos, en un susto de magnesio sin brillo.

Oh, madre de anchas faldas de rumor ignorado.
Nací a tus treinta años como una yedra insana.
Trocar mi nueva vida por tu gastada muerte
fue mi primer comercio ventajoso y canalla.

Pero me queda tuyo mi yo para quererte.
Madre, mis manos tuyas quedan para crearte.
(Aún no aquí mis miradas: la siega de las tuyas).
He de crearte hija para quererte, madre.

[*Poesía*. Colección para Treinta
Bibliófilos, n.º 10. Las Palmas,
1945]

4.2. «ELEGIA A MI PERRO Y A MI»

Los perros mueren antes que los hombres.
¿Por qué? Le preguntaba.
El quería decírmelo,
pero tenía el alma amordazada.

Sobre mi sombra negra
era mi sombra blanca.
Sus dedos, grises como
guijarros blandos, daban
a sus pisadas breve
tenuidad de hojarasca.

Ultimamente, me asustaba el sueño
de mi perro. Ni insectos ni pisadas
le cortaban el sueño.
Y le llamaba.
Entreabría sus párpados, pesados
ya como lápidas.
y mostraba sus ojos exhaustos de preguntas
a la mano en caricia o a la tralla.

Cuánto frío de arcano en la pregunta
de su hocico en mi carne descuidada.
(Era el escalofrío de no tener respuesta
ni para dar a un perro, sobre nada).

Qué salto cruel el suyo
desde la viva gracia
hasta la pestilencia de una muerte
inmunda —perro muerto— ya en palabra.

Y qué abdicación mía.
Desde el trono en pupila que soñaba
sangre de Dios mi deleznable lodo,
retorno al fin a mi insignificancia.
Yo era apenas el sueño de mi perro
—perro sin amo ya—. Y amo de nada.

[*Poesía*. Colección para Treinta
Bibliófilos, n.º 10. Las Palmas,
1945]

4.3. «YO RECUERDO...»

A mi padre

Que el sol nacía y se ponía
tras las espaldas de mi padre.

Que en el cajón de su escritorio había
noches oscuras y nevados ángeles.

Que de su cigarrillo milagroso
nacían las estrellas de la tarde.

Que la luna era una medalla
como recuerdo de mi madre.

Que entre sus manos misteriosas
los imposibles eran fáciles,
como si Dios hubiese sido hecho
a semejanza e imagen de mi padre.

(De un papel de fumar hizo mi alma,
condenada a ser humo por el aire).

Aquellas manos ásperas a veces
y otras veces tan suaves,
donde las venas eran ríos
azules, hondos, tibios, familiares.

Aquellas manos-nubes poderosas,
tan sabias y gigantes,
con su amenaza gris y casi bíblica
cuando el castigo las tornaba graves.

Alas también en mi cintura eran
para volar al aire.

Que su caricia de papel de estraza
raramente nacía y al socaire
de una fecha nostálgica. Y que entonces
su caricia hacía sangre.

Hoy los años han hecho
—en él y en mí— cambiar mucho a mi padre.
Más hombre y menos dios;
menos sabio y más ángel.
Sabe menos que yo porque es más sabio:
sabe dudar y duda lo que sabe.

Sus manos en el último milagro,
trémulas como flechas al posarse,
secan frentes aún y lavan penas
tan milagrosamente como antes.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón
colección de poesía, n.º 8.
Valladolid, 1947]

4.4. «A RICARDO LEZCANO»

Llegaremos, hermano, a las arenas
del alto mar para partir en breve.
Pero al amor la tierra será leve,
y nuestras frentes al amor almenas.

La muerte dos a dos es muerte apenas,
aunque la flor de la amistad se lleve.
Nos dirá adiós e incendiará la nieve
el radiograma azul de nuestras venas.

Nuestros cuerpos harán la misma duna
sobre la playa y a la misma suerte
en una misma muerte nos iremos.

Sumados por la cruz seremos una
unidad como en vida y tocaremos
a media sombra, hermano, a media muerte.

[*Garcilaso* (Madrid), n.º 35-36
(marzo-abril 1946)]

4.5. «A TI, EL GRITO MAS ALTO LEVANTADO»

A ti, el grito más alto levantado,
Agustín, yo te saludo,
con el verbo de amor desenvainado
y el corazón desnudo.
A ti, mi amigo en voz, hermano en queja,
cantor de la mazmorra y el arado,
pájaro encarcelado
yo te saludo tras la misma reja.
Yo te saludo en este instante eterno
en que tu mano-nave, a la aventura,
da la primera vuelta a una cintura,
emboscándose abril en el invierno.
¡Oh libertad, oh sangre sin frontera,
oh abrazo universal, voz liberada,
verso sin yugo y mano sin espada...
sueños de segador sobre la era!
Sueños, oh sueños, mientras todo espera
vuestra tardía universal llegada,
anticipe un albor de madrugada,
adelante una flor de primavera,
y abra al amor la libertad siquiera
una pequeña senda anticipada
para el que tanto os cantó en la espera.

[Para Agustín Millares y Magdalena
Cantero, el día de su boda, 1949.
Inédito]

4.6. «A JOSE VEGA, CAJISTA DE SIGLOS»

Verticalmente, a plomo
sobre tus manos anchas,
he visto, año tras año,
descender las palabras.
Tú las conoces todas, aunque ignores
su alta música alada,
cuando a tus manos vienen a posarse,
domésticas y grávidas.
El verbo del poeta,
las prosas cotidianas,
antes de ver la luz miran tus manos
y son por ellas alumbradas...
(La luz miente beldades a los ojos,
y en los oídos las sirenas cantan;
ningún sentido tiene como el tacto
sagacidad tan sabia).
Nadie puede engañarte. Reconoces
la verdad sopesándola.
Distingues por el peso
la palabra veraz de la falacia.
Si la palabra amigo
en esa tuya digital gramática
tiene peso de oro,
dame tu mano hermana.
Dar una mano lúcida
es como dar el alma.

[*Biografía poética*. Centro de Cultura
Popular Canaria. Ayuntamientos
de Agüimes, Telde y Santa Lucía.
Las Palmas, 1986]

4.7. «LOS PADRES»

Mi pierna es un caballo
en que mis hijos cruzan
los pueblos más lejanos.

Mis brazos son dos alas
con que mis hijos vuelan
entre nubes y águilas.

Mi espalda es un gran monte
que da sombra a mis hijos
y sus miedos esconde.

Mi voz es vasto viento
que ordena los caminos,
las penas y los premios.

Mi frente es un altísimo
fulgor donde el misterio
parece esclarecido.

Dios Padre: ahora comprendo
lo duro y mal pagado
que es el oficio nuestro.

Mis hijos se han dormido,
y yo cierro los ojos
para soñarme niño.

...(Tus manos son dos alas
con que podré algún día
sobrevolar la nada)...

[*Fablas* (Las Palmas),
n.º 26-27 (enero-febrero
1972)]

4.8. «BRINDIS A UN PERIODISTA»

Después de tantos años de escribir al dictado,
os ilumina el alma la clara ortografía,
y ya sabéis que «voz» se escribe con «be» corta
de vida, de verdad, de valentía.

El pan y la verdad se hacen de noche,
mientras los sueña la ciudad dormida.

José Luis, en tu nombre
nos daba la verdad los buenos días.

Antes de ti: para envolver meriendas,
si no ensuciaba el pan la mala tinta.

Contigo: una paloma de esperanza,
a la mesa más pobre de la isla,
con su mensaje desamordazado
ha estado repartiendo la alegría.

A decir las verdades a otra parte
va tu sonrisa amiga.

Llévate el corazón de los canarios,
mas déjales la voz que no tenían.

Nuestra esperanza es de papel sonoro,
ese cuadrado ventanal al día
que tú has abierto. Que jamás se cierre
por donde el pueblo se asomó a la vida.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

4.9. «DE LA AMISTAD»

A mis compañeros del Teatro

Amigos míos: Pienso
que el corazón del hombre
lanza su sangre en un circuito abierto
que llega al corazón de los amigos
para volver al nuestro.
(El que guarda su sangre para él solo
ese es un hombre muerto).
Y que vivir no es más que hacer amigos.
Que vivimos en ellos.
Que hablar sin ser oído es estar mudo,
mirar sin ser mirado es estar ciego.
Que aquel que haya vivido sin amigos
es que ha soñado ¡y ha olvidado el sueño!

Sólo si oís mi corazón, me late.
La existencia se narra como un cuento;
si no se narra y se comparte,
la vida es como viento sobre yermo
que pasa sin mover hoja ni espiga
ni cabello.
Yo viviré lo que deseen ustedes.
Cuando olviden mi nombre, me habré muerto;
pero seré inmortal con que un amigo
me erija un buen recuerdo.
Para entonces dirán de vez en cuando:
—Aquel amigo Pedro,
después de todo no era mal muchacho...

Y guardarán silencio.
Y el pequeño lugar que yo ocupaba
sobre la tierra volverá a estar lleno.

Esa es, amigos míos,
la gloria que les debo.
He conocido acaudaladas gentes
que se han marchado sin que aúlle un perro.
Yo espero que al marcharme,
de verdad, me acompañe el sentimiento.

[*Millares* (Las Palmas), n.º 8
(julio-septiembre 1966)]

5. EL TIEMPO

El tiempo ha sido una reiterada preocupación en Pedro Lezcano, en su ya larga trayectoria poética, si bien contemplado desde diferentes ángulos: ya como análisis reflexivo del tiempo mismo, ya como un plazo fugaz concedido a los hombres para desplegar su vida —el «carpe diem» de los clásicos—, derivando de ambas consideraciones un grupo de poemas donde se manifiesta su solidaridad con todos los seres, sometidos al yugo temporal, que les confiere una patética belleza. *Romance del tiempo* desgranaba, en sus doscientos tres versos, una serie de profundas reflexiones sobre la incógnita del tiempo, donde la hondura especulativa daba paso a un vibrante lirismo no exento de la rigurosidad lógica del filósofo. Los estragos del tiempo en los seres provoca un canto tierno de hermanamiento, como ocurre en «Anciana» o con mayor amplitud en la urgencia vitalista que emana de «Ella, el viejo y yo», donde el autor recomienda clásicamente apurar los frutos de la vida, finalizando el ciclo en la actitud resignada y conmovida de «Conformidad», donde el poeta declara su hondísima condición humana al amar «a todo lo que muere».

5.1. «ROMANCE DEL TIEMPO»

A José María Pérez Prats

Hace veintinueve años
un carpintero en mi pecho
—martilla que te martilla—
está construyendo un féretro.

¿Hasta cuándo? —me preguntó.
Pero nunca me contestó.

Vivimos para ganarnos
la vida, mas la perdemos.
Viviendo, para vivir
apenas tenemos tiempo.

¿Tiempo? ¿Y qué es el tiempo? ¿Oro
o plata sobre el cabello?
El mercader ríe y canta:
¡Oro o plata, al fin dinero!

Setenta latidos míos,
ciento veinte de mi perro.
Eso es el minuto. El alba
se acerca siete mil metros,
la muerte da un solo paso,
y Dios acaso un bostezo.

Un perro, la aurora y yo,
pasos de la muerte, metros...
Minuto: insosable arcano,
Dios, la aurora, yo y mi perro.

¡Oh tiempo! Tú en todas partes,
verde o gris sobre lo negro.
Terrible huracán de garras.
Tú, constelación de insectos.
Tú, los limadores mares.
Tú, los erosivos vientos.
Tú, la lepra de la esfinge
y el telón del pensamiento.

Aire de nuez, gota de agua,
cuenco pequeño de pétalo,
dulce exágono de abeja,
alto nido, hondo hormiguero.
¿No hay un rincón olvidado
en la memoria del tiempo?

El gusano alcanza al águila
sin levantarse del cieno.
Para el hilván de la muerte
la cana es hilo perfecto.
Surco de siembra es la arruga
y el tiempo es el cosechero.

¡Oh moribundo impaciente,
no pidas urgencia al péndulo
ni quieras que se detenga
la sombra que está cayendo!
Puedes ser rey del espacio,
pero eres siervo del tiempo.

De sueños es el futuro.
De suspiros el pretérito.
¿Qué mutación milagrosa
me hace decir: «Yo soy Pedro»
no siendo ya quien lo dijo
porque quien lo dijo ha muerto?

Yo soy Pedro y ya no soy.
Ahora soy otra vez Pedro,
y ya no soy, porque soy
el Pedro del otro verso.

Como una fruta pisada,
aquel beso que me dieron
sonó, perfumó y voló.
¿Aquel beso ya no es beso?

A veces se encharca el agua,
y en un charco cabe el cielo,
y nacen larvas durables,
eternidades de cieno.

Pronto el agua rompe el dique
y sigue el curso del tiempo.
La blasfemia de lo erguido,
de lo astado, de lo eterno,
la rebeldía del mármol,
la hoja perenne, mi verso,
la fama, la idea, el yo.
Sueños de sueños de sueños...

Yo por dormirme he contado
las flores de un bosque entero,
las gotas de un oceano,
y me he quedado despierto,
marchando al compás que ordena
este tambor de mi pecho.

Cruzar el espacio es fácil
desde éste a aquel universo.
Yo iría a la luna amada,
sobrevolando luceros.
Sencillamente, al espacio
se le asesina de un beso.
Mas volar sobre un instante,
saltar en vilo un momento,
ni las alas de la música,
ni el ave del mal agüero,
ni los éxtasis dulcísimos,
ni los puentes del recuerdo.
¡Más de prisa, más de prisa!
No hay grito que apremie al tiempo.

El corazón y las sienas
son dos relojes latiendo.
Una clepsidra es el mar,
un reloj de sol el cielo,
la playa un reloj de arena,
el hombre un reloj muriendo.

¡Oh tiempo, oh cambio, oh destino!
Oh: interjección del misterio.
Cero y hache, glosa huera,
vaciedad del boquiabierto.
Antes, ahora y después.
Tres personas de un Dios. Creo.
No entiendo y, como soy hombre,
adoro lo que no entiendo
Leo en los libros más sabios.
Primeramente era el verbo.
Mas antes del verbo, antes,
era el adverbio primero.
Primero el primeramente:
el orden dentro del tiempo.

Tiempo, tiempo, un Dios que muere
eternamente cayendo
desde la cima del cosmos
al hondo pie del misterio.

Sñar no es pecado, hermanos.
Soñemos que el tiempo ha muerto.
El sol, un péndulo inmóvil,
ha inmovilizado al tiempo.
El film de Dios, detenido,
queda en un único gesto.
Los pájaros —de veleta—
cesan su trino y su vuelo;
las nubes, de lienzo antiguo;
los ojos sin parpadeo.
Los puñales en la herida,
la fronda sin voz ni viento.
Las mentes en una idea
y los pies en un sendero.
Todo el orbe es una lápida
dormida en un cementerio.
Merced al tiempo vivimos,
como por él moriremos.
Vivimos porque morimos.
Vivir es estar muriendo.

Tiempo, inmortal moribundo,
la vida es tu eterno duelo.
Leña humana en tu dolor.
Arde el universo entero,
en luz, en sangre, en canción.
El mundo es tu cirio ardiendo.

No me agobian novedades.
Lo implacablemente viejo
me atormenta como a Sócrates
o a Diógenes Laercio.

¡Oh, Arístides de Cirene!
¿Cómo pudiste creerlo?
¿Cómo quisiste pintar
rosas en rosado lienzo?
¡Si la rosa con el rosa,
o la pena con el duelo
desaparecen cual perlas
sobre los ojos de Venus!

Enlutar al mirlo blanco
es sueño del mirlo negro.
Pero lo blanco es tan blanco
porque lo negro es tan negro.
La vida es esto: dolor
y placer. La vida es esto.
Hay lágrimas en la risa
y vida en el heredero.
El negro carbón da luz;
y el resplandor deja ciego.
La rosa sobre el sepulcro
y en mi corazón mi féretro.

Todo es vida hasta la muerte,
que es filo de lo concreto.
Pues si la vida es la espada,
su filo es también acero.
Todo es vida, llamarada
del esplendoroso incendio.
El tiempo, inmortal agónico,
contempla su cirio ardiendo.

—¿Quién vive?— he gritado yo.
Y me ha contestado el eco.
Y he puesto el oído en tierra.
Pero el mundo estaba muerto.
Roja es la sangre, bien roja,
como la aurora y el fuego,
igual que el fuego es la sangre
y ha de incendiar como el fuego.

¡Oh Lázaros de la tierra,
levantaos ya del sueño,
como horizontes erguidos
o barricadas de anhelo!
¡Ay si los hombres quisieran
salvarse salvando el tiempo!
Sacudir de sus miradas
el letargo de viajeros.
Tener tiempo de escuchar
el crepitar del incendio.
No dormir en la vela.
Escuchar y tener tiempo.
Oírse vivir, oírse,
con el oído en el pecho.
Zarpas fieras en los ojos,
uñas de felino fiero
sobre la reliquia en fuga,
sobre el huyente recuerdo.

Clavos clavados, arpones...
¡Ay, si los hombres quisiéramos!
Plasmar cada sombra en mármol,
grabar cada nombre en verso,
frenar con los pies el mundo
apretándonos al suelo.
Henchir de vida el instante,
en un insomnio frenético.
Encinas atornilladas
al suelo y al firmamento,
cerrando el libro del mundo
en un obligado beso.
Chorros de savia, de rabia,
locos de vela y de vuelo,
anclas al mar y a la estrella.
¡Ay si los hombres quisiéramos!
La bajamar amarrada,
maniatados los inviernos,
presas de abrazos las horas,
clavado al presente el tiempo...

Pero no queremos, no.
Viajeros, siempre viajeros.
Huye el monte atrás, el río,
el valle, la casa, el huerto...
Y en el último recodo,
un niño de niebla y sueño
tiene los ojos en llanto,
sus ojos que son los nuestros,
ojos que pronto serán
dos madrigueras del miedo.

¡Tiempo, tiempo, tiempo!: Dios,
mi alma, la aurora y mi perro.
Arde el cirio. Cae la rosa.
¡Hay que vivir! Yo me muero.

Mi verso se está acabando.
¡Qué lástima de mi verso!
¡Luz, más luz! ¡Rima, más rima!
Prosa. Tiniebla. Silencio.

[*Romance del tiempo*. Colección
El Arca. Las Palmas, 1950]

5.2. «ANCIANA»

Ved esta mano que incendió a otra mano
y aún da calor, muriéndose de frío.
Ved estas venas donde fluye un río
que ya está pregonando el océano.

Ved este pecho, limonar lejano
que de los besos recibió el rocío;
y ved cómo la pena en regadío
tras de los frutos engendró el gusano.

Ved, en la frente arada junto al cielo,
la historia escrita y viva hasta el asombro,
bajo el deshielo blanco de su pelo.

Y ved, por fin, quizás recién nacido,
un corazón latir bajo el escombros,
con el amor al borde del olvido.

[*Mensaje* (Santa Cruz de Tenerife),
n.º 19 (noviembre 1946)]

5.3. «ELLA, EL VIEJO Y YO»

No vengas, marcha siempre. Sé destino,
destino y no pasado.
Sombra del caminante en el camino,
sin pisar y a su lado.

Delante tú, la roca de mis ecos.
Ciéguenme las burbujas de tu vino;
pero mis labios, secos.

Quiero vivirte en pos, vivirte en rastro.
No importa el sol de la ilusión que engaña:
un vidrio al sol, en la montaña,
es astro.

Vivir sin ti por ti, sobre tus huellas.
Sólo las atracciones que no unen
dan movimiento eterno a las estrellas.

¿Recuerdas la sonrisa
de aquel anciano sabio del camino?
Reía el desatino
de tu prisa.

El obtuvo las perlas escondidas
y las remotas rosas,
y ahora llora en las tumbas de las cosas
conseguidas.

Que deshagan los vientos tu peinado
y raptén el clavel de tu cabello,
de tan tuyo olvidado.

Desembrida las flores. Que a deshora
no mueran a tu lado.
Aun más que el mismo sol vale la aurora.

Llora y demora. Llora.
Ala y brida a la flor. Freno a tu paso.

Yo te cito
en la esquina del tiempo y del ocaso,
junto al farol sin luz del infinito.

[*Espadaña* (León),
n.º 17 (1945)]

5.4. «CONFORMIDAD»

Yo declaro mi amor a lo que muere.
Siendo fugaz, no puedo amar lo eterno.
Amar lo eterno sólo es despedirse,
desesperadamente pasajero.

Muere la rosa cuando no es de cera.
Yo llamo hermano a lo que está muriendo.
Contento voy con el que va conmigo,
aunque muy pobre sea el compañero.

Se nos ha muerto el hijo de la infancia
del que no somos sino vivo féretro,
un hijo extraño que a la vez fue padre
de lo que somos y lo que seremos.

Muere la rosa cuando no es de cera.
Yo fui silencio y volveré al silencio.
Pero por un instante lo habré roto
con una imprecación o con un beso.

Hasta el poema callará conmigo,
pero algún eco dejará en el viento.

Muere la rosa cuando no es de cera.
De mí tan sólo quedarán los huesos,
lo más infame si lo más perenne,
pobres despojos del festín del tiempo.

Si no tan bello como el de la rosa,
polvo seremos, aunque polvo en vuelo,
como el del ala de la mariposa.

[*San Borondón. Pliegos graciosos
de poesía* (Las Palmas),
n.º 6 (1956)]

6. TIERRA

Estrechamente conectada con la nota anterior se encuentra la preferencia de Lezcano por la tierra, entendida en una cuádruple concepción: como género humano, como mujer especialmente, como paisaje y como oposición al cielo. En diversos poemas el autor habla de la tierra como la madre de los hombres, cuna y sepultura naturales; en ellos, la tierra se une al agua, al fuego y al aire de la filosofía helénica, como gérmenes elementales de la vida —«Poema al suelo», «Canción de Empédocles», «Constitución del hombre»—. Esta inicial identificación tierra=género humano genera la posterior similitud tierra=mujer, como ocurre muy precisamente en «Tierra o mujer» y «Oda a Fuenteventura», donde las cualidades de la condición femenina (pasividad, fertilidad) coinciden con las atribuidas a la tierra. Otro grupo de poemas ven la tierra como entorno del hombre, entorno que lo conforma y circunscribe, ya sea un paisaje colorista —caso de «La novia del barquero»— o dolorosamente arisco —como en «Sequía» o «Endecha de las dos islas»—. Un cuarto bloque lo formarían aquellas composiciones en que la tierra se opone al cielo, en un símbolo de la eterna oposición imperfección-perfección y donde el hombre aspira a ascender hasta la divinidad; será un matiz temático que no sólo advertimos en su poesía —«Compás»— sino que

fácilmente se encuentra en algunos de sus relatos, como «La máquina de Dios» o «El enemigo del sueño». Como cierre de este ciclo (barro original, mujer, paisaje, anhelo de cielo y nuevamente barro) algunos poemas retoman la misma idea de la tierra como fuente de toda belleza y por ello entroncan con los ya comentados en el apartado anterior, donde el autor manifestaba su amor y dolorosa conmiseración hacia todos los seres sometidos al tiempo.

6.1. «CONSTITUCION DEL HOMBRE»

Agua, fuego, tierra y aire

De la tierra y el agua nace el barro,
y de barro es la carne de los hombres.

Agua y fuego es su sangre,
roja, fluida, hirviente...

Agua y aire, alta espuma: sus ideas.

Su espíritu: aire puro.

Y su destino: tierra y aire, humo.

Y su fin: aire y tierra, polvo.

Y sus besos son aire, y sus suspiros.

Su amor: aire con fuego

Fuego helado, su odio.

Viento su fuerza,

agua su llanto y agua su pupila.

Y la mirada: el viento de los ojos.

De la tierra mojada de su lengua:

su palabra, aire sólo.

La luz, que es aire ardiendo,

da cenizas nocturnas con rescoldo de estrellas.

Una noche se oponen los cuatro fundamentos.

El fuego quema al aire,

el agua apaga al fuego,

bebe el agua la tierra,

y a la tierra enfriada aventa el viento.

Ha perecido entonces

esa brizna del mundo

con fiebre que es el hombre.

[*Consejo de paz*. Tamaragua
Las Palmas, 1965]

6.2. «TIERRA O MUJER»

A Carmen

El hombre gris de invierno restalla y se demuda,
como un árbol talado,
y nace en su costado
la eterna flor del hombre, que es la mujer desnuda.

Sin un filo a la mano,
sin una artista hiriente,
parece haber rodado en un torrente
o ser guijarro de oceano.

La guitarra, las ondas de la luz, la cascada,
todo lo curvo, el mar, la rosa, la palmera,
aprendieron la alada
gracia de su cintura y su cadera.

Y aprendieron los mares el temblor de sus senos,
y los astros el ritmo de sus hondos andares,
y aprendieron los mares
en su vientre a ser anchos y en su frente serenos.

Y en sus cúspides tibias se fijaron los montes.
Dio a la fronda su canto y a la estrella su calma.
Ella es como una cárcel que apresara horizontes.
Ella es sólo una forma, mas la forma es su alma.

Es el mundo y es tierra, y hay que amarla con llanto,
con tranquila pisada, porque es tierra de siembra.
¡Oh vigías en grito, abrazad a la hembra
como a un fusil caliente por matar el espanto!

Tierra martirizada, tierra o mujer yacente,
sangrienta tierra rosa que abierta en surco espera
sentir en una brusca y extraña primavera
el amargor de la simiente.

Que en un templo de lino la libertad encuentre,
de brazos enrejada, su dulce cautiverio.
Que en una amante virgen se haga sangre el misterio.
¡Bendito sea el cruento fruto de tu vientre!

Que del amor al sueño se cruce la frontera,
en un suspiro lento de agónica delicia,
para que sea un sueño la caricia postrera
y el primer sueño una caricia.

¡Tierra o mujer! ...A enraizarse vivo
viene desde los mares un vigía que grita.
No desdeñe tu seno su vocación de olivo,
mujer, tierra bendita.

[*Antología cercada*. Colección El Arca,
n.º 4. Las Palmas, 1947]

6.3. «ODA A FUERTEVENTURA»

A Teresa Cancio

¿Para qué se desnuda tanta tierra
ardorosa y pasiva?
Horizontes de senos acostados,
caderas desceñidas...
¿Qué amante secular tarda y desdeña
tan vasto amor, amante tan propicia?

Una hoja de vid, clásicamente,
cubre su virgen desnudez antigua.
Y acaso la palmera surtidora
y el tarajal ceniza
y el palio de algún ave, soñadora
de trigales, que emigra.
Sobre su cuerpo sueñase la rosa
y reside la espina.

Fuerteventura: tierra.
Edén para morir, tumba infinita.
Sabe a tierra mi boca si te nombro.
Todo enterrado alienta y agoniza.
El agua en pozos duerme sin arrullo.
La vid en hoyos crece y fructifica.
Y el hombre amasa en tierra, siempre en tierra,
su casa y su sonrisa.

¡Esperar y llorar, Fuerteventura!

A los ojos no llegan las sequías.
Tus mujeres sentadas,
tus lentos hombres lloran a la orilla,
con sus camellos de perfil de monte
y sus fincas tendidas...

Aran despacio el mar tus pescadores
—para vivir, para morir, no hay prisa—,
siembran un pez pequeño en hondo surco
que el mar bíblicamente multiplica.

Toda Fuerteventura aguarda en llanto,
cuerpo a tierra, enterrada y siempre viva,
yacente al sol, desnuda y meditando
en su resurrección o en su agonía.
Fuerteventura: Dios lanzó un puñado
de tierra en una tumba sumergida.

[*Mujeres en la isla* (Las Palmas),
n.º 42 (junio 1958)]

6.4. «ENDECHA DE LAS DOS ISLAS» (Tenerife, Fuerteventura)

Mi tierra verde,
Tu tierra parda.
Mi tierra erguida,
Tu tierra echada.
Mi tierra grita,
Tu tierra calla.
Mi tierra vive,
la tuya aguarda.

Sueño tus llanos,
tú mis montañas,
yo en tu sombrera
con anchas alas.
—Te quiero, hermano.
—Te quiero, hermana;
deja tus suertes,
deja tus gavias,
Fuerteventura,
¡fuerte desgracia
que no vivamos
la misma casa,
puerta con puerta,
cama con cama,
sueño con sueño,
maga con maga!

Mi agua es dulce,
la tuya amarga;
mía la rosa,
tuya la aulaga.
Yo la fatiga.
Tú la esperanza

[*El puntal* (Las Palmas),
n.º 1 (abril 1980)]

6.5. «COMPAS»

Una aguja en la tierra.
Otra aguja en el cielo.
El compás del ciprés y su sombra,
midiendo mi anhelo.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón colección
de poesía, n.º 8. Valladolid, 1947]

7. EL AMOR

Presenta el amor lezcaniano una trayectoria bien definida, trazando una línea que arranca de los sonetos garcilasistas de sus inicios —impregnados de espíritu y terminología petrarquistas—, roza fugazmente el erotismo y deviene en decepción ante lo inútil de la comunicación amorosa, que supone el agotamiento de la pasión y su transformación en un sentimiento más fraterno que propiamente sexual. Los tres sonetos de *Poesía* presentan una concepción platónica del amor, basada en el atractivo físico y utilizando todos los tópicos del género: belleza de la amada, pasión del amante, toda la toponimia erótica (cabellos, tez, ojos, cuello). De este amor petrarquista pasará Lezcano al amor como un sentimiento más modesto y sencillo, pero capaz de provocar un crimen pasional o de alentar al emigrante a buscar fortuna, tal como nos lo presenta en el *Romancero canario*. Algunos momentos de «Tierra o mujer» —dedicado a su mujer, Carmen Jaén—, de «Oda a Fuerteventura», adoptan un aire de autenticidad y erotismo desgarrado, curiosamente jugando con la ya comentada similitud tierra = mujer, para adentrarse en profundas dudas sobre la unión amorosa —«¿Posesión?», «Disección»— que desembocará en dolorosa decepción existencial —«Canciones confidenciales»—.

7.1. «TUS LABIOS»

Ese lugar de ti donde, evadida,
tu sangre moja el aire y se derrama;
ese lugar de ti donde la llama
está a la vez mojada y encendida;

ese lugar en fruto que convida
a escalar la cintura de tu rama;
allí donde tu céfiro embalsama
la palabra de amor recién nacida;

ese lugar de ti bebí, sediento.
(Besar es un ensayo de hacer viento
respirable tus huesos y tus venas).

Pero quedé absorbido en el intento.
Ya me duele tu carne y soy apenas
pez de tu sangre y ala de tu aliento.

[*Poesía*. Colección para
Treinta Bibliófilos, n.º 10.
Las Palmas, 1945]

7.2. «AMOR»

Cuando ella besa en pie crece, sin peso,
mientras se encorva el hombre gravemente
y a la mujer extiende como un huerto.

Iza el amor a la mujer; al hombre
lo abate por la espalda.
Gesto viril de amar, de arar la muerte.

Va haciendo ella el amor y él lo deshace.
El sabe que se pierde, ella que gana.
El ciega, ella adivina.
En tanto él agoniza, ella se hace inmortal.

Remansado el amor en la ternura,
ya es sólo mutua gratitud cansada.

Mientras él viste a un muerto,
ella peina la vida.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

7.3. «¿POSESION?»

Las dos bocas tan juntas
como el trigo y la trilla,
como el aire y el ala,
como el agua y la orilla.
Las dos bocas, tan juntas,
tienen voces distintas.
¿Poseer? ¿Quién conoce
cuándo están poseídas
la conciencia o la música,
el aroma o la brisa?

¿Quién enreja las nubes
o la hoguera encendida?
¡Si al besar unos labios
se nos fuga la risa!

Fracasada tangencia
de la mano en caricia.
Conjunción de dos curvas,
resbalar de dos líneas,
fugaz roce sin huella.
Amor, no: geometría.

¿Dónde el centro y la mente,
dónde el sueño y la vida,
si la red del abrazo
se desmaya, vacía?

¿Amar? Posarse apenas
y partir enseguida.
Como el aire y el ala
o el puñal y la herida.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

7.4. «DISECCION»

Quise tenerte plena:
sin la sombra de duda
de un volante de seda
sobre tu forma pura.
El lino de los sueños
desveló tu figura.
Te disolviste en línea,
te descubriste en bruma.
Blanca en sábanas blancas,
rosa en rosa penumbra,
inasible fragancia,
vaga tibieza a oscuras.
Quedaste en nada, en nadie:
desnudez absoluta.
Menos que sueño fuiste,
ilusión, pura fuga.
Hasta el último pétalo
arrancado en la búsqueda,
no encontré de la rosa
la esencia que perfuma.

[*Biografía poética*. Centro de Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde y Santa Lucía. Las
Palmas, 1986]

7.5. «CANCIONES CONFIDENCIALES»

Testigo mayor de edad
fui de tan joven belleza
que no sé si fue verdad.
Y ahora, muchacha, me digo
qué buscó en mí tu belleza
si no era tener testigo.
¿Buscaba sabiduría
de unos labios asurcados
que besaban o decían?
¿O te complació mirarte
viajando por mi memoria,
vencedora de rivales?
Si buscabas mi experiencia,
yo tu juventud buscaba:
contrato de compraventa.
La experiencia fue contigo,
mas la juventud también.
Triste fue el contrato mío.
Poseer: decir adiós.
Acariciar: despedirse.
Morir: hacer el amor.
Despedida y caricias
son dos gestos de la mano:
la mano queda vacía.

[Las Palmas, diciembre 1983, inédito]

8. XENOFOBIA - SOLIDARIDAD

Es curiosa la evolución desde una primitiva xenofobia hasta la solidaridad que muestran los poemas lezcanianos más recientes. El costumbrismo de algunas de sus composiciones iniciales llevó al autor en su defensa de las características insulares a una inevitable situación de cerrazón que oponía lo autóctono a todo lo foráneo. Sus romances narrativos pecan de un maniqueísmo que irá desapareciendo paulatinamente de su poesía posterior: así, el protagonista de «Biografía» se siente explotado por «los ingleses cuervos»; el novio despreciado de «Romance sin novia» es doblemente injuriado porque su rival es «un peninsular guapo de la mezquita de Córdoba» y, por traslación, todo lo de afuera es al menos sospechoso, como se opina en «Consejos» sobre «comediantes y marinos». Esa actitud xenófoba se trocará en un deseo de comunión universal que acercará a los hombres de todas las razas y países —«Carta al extranjero»—, aunque toda la lírica de Lezcano habrá de presentar siempre una oscilación entre ambas tendencias, comprobables en poemas de distinta cronología, como «La maleta» o «Poema a la espalda».

8.1. «BIOGRAFIA»

A Francisco Santiago Castellano

Se llamaba Juan Santana.
Alto canario y sereno,
con la espalda como un muro
para fusilar los sueños.

Nació frío como un pez.
No tuvo padres ni abuelos.
Sí nanas de bajos mares
y cuna de altos camellos.
Pronto por corazón tuvo
un arenal polvoriento,
seco de harina de millo
y arena de los desiertos.

Se le quedaron las venas
secas como ríos secos
a fuerza de buscar pozos
para diez troncos sedientos.

Cultivó caña de azúcar.
Crucificó tomateros
de gruesas gotas de sangre
para los ingleses cuervos.

Pescó en la costa del Africa.
Cargó harina en cinco puertos.
Tuvo cuatro novias serias
y solamente una en serio.

Por ésta marchó del valle
a América, por dinero.
Ave María Purísima,
cómo volvió de tan lejos.

—¿Dónde estás, dijo a su niña,
dónde estás que no te veo,
que sólo te tengo a ti
y a ti casi no te tengo?

—Aquí estoy, mas soy de otro.
Perdóname, santanero.
Largos como años sin pan
fueron los de tu destierro.
Diste tu tiempo por oro,
sabiendo que es oro el tiempo.

Fuerte dolor, fuerte pena.
Juan Santana, santanero,
como no conoció padres
no pudo renegar de ellos.

Echada sobre los ojos
la sombra de su sombrero,
vino de mal en peor
y de poco vino a menos,
de la blasfemia al alcohol,
del alcohol al cementerio

El, que vivió como un ave,
vino a morir como un perro.
El, que soñó con el oro,
no halló en qué caerse muerto.

Le encontraron los bolsillos
llenos de pétalos secos.

[*Romancero canario*. Cuadernos
de poesía y crítica,
n.º 5. Las Palmas, 1946]

8.2. «ROMANCE SIN NOVIA»

La mariposa nocturna
busca la luz en la sombra.
¡Salir de noche por luces!
¡Yo no comprendo estas cosas!

Hombres tenía en su tierra.
Hombres tenía de sobras,
y vino a buscarlos fuera.
¡Mujeres hay mariposas!

Ahora su calle está muerta
desde que nadie la ronda.
Cuatro faroles la velan.
Dos surtidores la lloran.
Brilla el asfalto a la luna
como un rastro de babosa.
Esa calle ya está muerta
desde que no tengo novia.

Vino un peninsular guapo
de la mezquita de Córdoba,
con la tristeza en las cejas
y con el chiste en la boca.
(¡Dios hunda a los que hablan tanto!)
Vino y arrancó mi rosa.

Creo que se casan hoy,
pero a mí no se me importa.
Hablaré a la novia como
el que no quiere la cosa,
vistiendo el muerto de fiesta
aunque la pena me coma.

Al novio, porque es de fuera,
le deseo cuatro cosas.
Que se le pierda el anillo.
Que se le olvide la hora.
Que se le claven las «ces»
como anzuelos en la boca.
Y que apenas anillada
se le vuele la paloma.

¡Sí que voy a llorar yo
tan mal empleada novia!

Esa calle ya está muerta,
muerta sin remedio y sola.
¡Por qué no me enterrarán
debajo de sus baldosas!
Que tengo un cactus hincado
en un corazón de sobra.

[*Romancero canario*. Cuadernos
de poesía y crítica,
n.º 5. Las Palmas, 1946]

8.3. «CARTA AL EXTRANJERO»

Hombre de otra ribera.
Mujer de otro jardín, mujer que al hombre
amas de igual manera
aunque jures amor con otro nombre.
Soy vuestro hermano mudo si es que mi voz no es clara.
Para vuestros oídos soy mudo, pero hermano
a quien vuestra muchacha más tímida escuchara
si le dijese versos cogida de la mano.

Sabed que vuestras dulces palabras extranjeras
no separan las sangres de nuestros corazones;
tampoco entiendo al viento cruzando las praderas.
¡Hasta vuestras blasfemias me suenan a canciones!

Sabed que vuestros hijos de raros ojos grises,
antes de haber mirado su libro o su bandera,
riendo en el idioma de todos los países,
podrían ser mis hijos y hablar a mi manera.

Que el aire que aspiráis es aire que yo aspiro,
y es idéntica agua el agua que nos baña.
Cuando miréis la luna sabed que yo la miro
y que en su espejo veo vuestra mirada extraña.

Hombre de otra montaña, de otro mar, de otro río:
el sueño de tu pueblo es el sueño del mío.
Hombre de otra ribera, de otro mar, de otro monte,
ante vuestros soldados, labriegos y poetas,
crucificado sobre el horizonte,
me alzo —abriendo los brazos— mellando bayonetas.

Plantado en esta patria de sol y de aceituna,
recordadme si un día suena el clarín de guerra.
Que este desconocido que os citó en la luna
dormirá con vosotros bajo la misma tierra.

[Consejo de paz. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

8.4. «POEMA A LA ESPALDA»

Juntad de dos en dos vuestras espaldas.
Las espaldas, hermanos:
ese lugar donde germina el ala.

Sabemos del amor que a dos ayunta;
a tres con más frecuencia, la venganza.
(Un hombre da el puñal, otro lo empuña,
la voz lanza un tercero, un cuarto mata.
El criminal no existe.
Pero la herida sangra).

Por eso yo os digo:
juntad de dos en dos vuestras espaldas.

Las espaldas, hermanos:
ese lugar que cansa;
donde la cruz, donde la edad se apoyan,
donde el abrazo fragua.
Acantilado humano y horizonte
donde se ha puesto el corazón. Muralla.
Sitio para morir de los que huyen
y de los que desprecian la amenaza.
Llanura puesta en pie en escalofrío,
por la que se levanta
la vertebral columna para el Sansón del tiempo.
Ciego lugar donde el cobarde ataca.
Ese lugar, hermano con hermano,
espalda con espalda,
nos hará fuertes, dobles.
Yuntas de amor sobre la paz que labran...

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

9. LO SENTENCIOSO

Posee la poesía de Pedro Lezcano una honda vena refranera que le hace con frecuencia adoptar una actitud admonitoria y moralizante que puede afectar a pasajes de algunas de sus composiciones —«Epístola a Ventura Doreste», «Ella, el viejo y yo», «Romance a la orilla»...— o a poemas enteros. Su libro más completo y extenso, *Consejo de paz*, posee ya en su mismo título un carácter sentencioso —consejo— que hace sumamente definitoria del autor este tipo de poesía gnómica que tiende a asesorarnos, a orientarnos, y que recuerda el tono sentencioso y epigramático del último Machado, por su afán de sintetización y brevedad.

9.1. «CONSEJO DE PAZ»

A Fernando Sagaseta

1

Muchachos que soñáis con las proezas
y las glorias marciales.
Bajaos del corcel, tirad la espada;
los héroes ya no existen o están en cualquier parte.
Llegará la hora cero de ser héroes
cualquier día cruzando cualquier calle.

2

Contables misteriosos
cerrarán su balance.
Decretarán la nada entre los hombres
misteriosos contables.
Cuando en los hondos sótanos,
valientes y cobardes
recen al Alto Mando
por un soplo de aire
no los oirá ni Dios, que está más cerca;
no los oirá ya nadie.

3

Negación de los nombres.
Negación de las frases.
Si no sois primavera, espuma o viento,
Fuerzas de Tierra, Mar y Aire;
si el vendaval no sois ni la semilla,
ni la lluvia que nace de los mares,
usurpadores sois de las palabras
nobles y elementales.

Homicidas sin culpa se disfrazan
del color de la tierra y de los árboles,
con floridos ramajes en la frente,
como en las bacanales...
Pero no son alegres las canciones
que inspira el mosto de la sangre.

Muchachos soñadores de epopeyas,
escuchadme:
el pecho es el lugar que se designa
para el balazo de los mártires.
El pecho, nave heroica
donde retumba el corazón amante,
donde el plomo penetra limpiamente
como en templo de sangre...
Pero sucia de barro y excremento
cae la estatua de Marte.
Vuestras definiciones,
vuestras sabias verdades,
la inteligencia es pus sobre las frentes
de miles de cadáveres.
Y en la tierra abonada por la muerte
sólo he visto crecer la flor del hambre.
Muchachos soñadores,
bajaos del corcel, tirad el sable.
Cuando las botas pisen los olivos
y su símbolo aplasten,
coged su savia espesa, echadla al mar
y veréis cómo aplaca tempestades.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

9.2. «ROMANCE DE LA NIÑA Y SU SOMBRA»

Tu sombra yace en la noche
fundida a tu propio cuerpo,
despierta cuando despiertas
y se duerme con tu sueño.

Pie con pie, tu sombra y tú,
oscuro, irrompible espejo.
Delante: vago presagio.
Detrás: nublado recuerdo.

Ni te alcanza ni la alcanzas,
tiniebla sobre el sendero,
rastreramente presagia
la dimensión de tu lecho.

Hija del sol y tu carne,
héroe celeste y terreno,
peana de tu blancura,
último y primer cimiento.

Pero tú no temas, niña,
ese anochecer pequeño
que te sigue y te persigue.

Sombra da todo lo enhiesto.
Quien recibe luz da sombra,
que luz propia no tenemos.
Devolver sombra por luz
no es desagradecimiento.
Da siempre tu pecho al sol,
tu frente y tu pensamiento.
Da tu corazón al sol.

La sombra te irá siguiendo
como un vestido de novia,
porque no tiene remedio.
No tiene remedio, no,
tu boda con el misterio.

Mira, niña, tu escultura
de ceniza sobre el suelo.
Aprende a jugar con ella
para que no te dé miedo.
Ponla de pie sobre un muro
y haz siluetas con los dedos,
fugaces dioses de sombra
que mueren antes del rezo.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

9.3. «AL GRUPO MESTISAY»

*porque me pidió una letra
para una canción.*

Que no me pida licencia
quien quiera cantar mis versos.
Mis palabras son de todos,
si no, ¿para qué las quiero?

Me pertenecen mis manos,
que se irán conmigo al cieno,
pero mi voz, ¡que se quede,
sonando en labios ajenos!

De ustedes es la canción
de la que yo soy un eco.
Al pueblo van mis palabras,
porque vinieron del pueblo.

¿Qué más inmortalidad
que un grupo de compañeros
haga resonar mi voz
cuando yo esté en el silencio?

Nada queda de los hombres
si no es palabra en el viento,
sino es voz en la memoria,
si no es música en el tiempo.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

10. EL HUMANISMO

Es siempre el hombre el centro de la poesía lezcaniana, aunque no siempre será igual el tratamiento del tema; unas veces lo hará entendiendo al hombre como un ser contingente, concepción de la que pasará a contemplarlo como un ángel frustrado, para llegar hasta un canto general que va desde el compasivo amor por el hombre marginado hasta la abierta solidaridad hacia todos los hombres. Al primer grupo corresponderían aquellos poemas donde el autor efectúa una reflexión sobre la condición humana, llegando a la conclusión de que la única evidencia que poseemos de nosotros mismos es nuestro cuerpo físico y presentando versos de raíz netamente existencialista, como los de «Solipsismo», «Supervivencia» o «Certeza de mi cuerpo». El hombre es, pues, un ser dependiente cuya razón no alcanza a comprender el motivo de su propia existencia. Pero a pesar de este pesimismo, Lezcano, en otro grupo de poemas, considera al hombre como el ser de la Creación con más posibilidades de alcanzar la divinidad. Si en algunas composiciones la oposición materia-espíritu se plasmaba en vano intento, en éstas se otorga alas al hombre, como ángel frustrado pero esperanzado en poder elevarse por encima de sus limitaciones naturales —así, en «Exaltación del hombre» o en pasajes de «Mi alma, oculta», «Poema a la espalda»

o «Manos»—. La concepción angélica del hombre se cuestiona trágicamente al contrastarse con la realidad, donde los alados atributos no son más que un doloroso recuerdo del paraíso perdido. Por último, el canto a los seres ori-llados —«Anciana», «Biografía»— finaliza con la esperanza de lograr una cósmica vinculación entre todos los hombres.

10.1. «CERTEZA DE MI CUERPO»

Yo, ¿fui o seré algún día?
¿Me anuncia el vientre grávido del mundo
o he fenecido ya bajo los siglos?

Indicando a los astros
el camino del centro de la tierra,
mi cuerpo se contempla con sus ojos.
Es la escultura conmemorativa
de la ilustre humareda de mi alma.
Estatua de mí mismo en carne viva,
patinosa de céfiros y tactos.
Un pesado edificio, una calle de sangre
en mi honor rotulada con mi nombre.
Yo acaricio mi cuerpo como a un animal mío
lleno de imperfecciones familiares.
Y con su larga sombra y su presencia
destacada, me absorbe hasta decirme
si sólo existirá su triste plomo.

¿Dónde el raro perfume de mi espíritu?
¿En la semilla de mis pies, terrosa,
que germinó en los miembros?
¿En el vil laberinto de mi vientre?
¿En la gemela flor de mis pulmones?
¿En el pájaro rítmico que llora
ha veinticinco años enjaulado?
¿O más arriba, en las almenas tristes?
¿Dónde, dónde mi espíritu escondido?

Yo me cercenaría
una a una las zonas de mi cuerpo
sin encontrarme nunca, porque acaso
yo sólo sea el sueño de mi carne.
De esta mi humilde carne entusiasmada
con el orgullo de tener un nombre
pronunciado una vez bajo una bóveda,
al murmullo del agua que caía.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón colección
de poesía n.º 8. Valladolid, 1947]

10.2. «SOLIPSISMO»

Atroz consuelo de Sansón suicida.
La nada es una incógnita que ignora.
Yo columna me sé sostenedora
de todo el arquitrabe de la vida.

Mis párpados serán en su caída
losa del mundo en la postrera hora.
¿Cómo mi sueño cándido, la aurora,
llevaría sin mí la anochecida?

Caerá la cumbre hasta abrazar su falda.
Se apagarán el sol y los colores
—Sueños sin soñador, perecederos—...

Yo sentiré sobre mi yerta espalda
un desplomarse cálido de flores
y una opaca nevada de luceros.

[*Garcilaso* (Madrid),
n.º 12 (abril 1944)]

10.3. «SUPERVIVENCIA»

Cuando mi planta en vertical pisada
el camino señale hacia el olvido,
y cardos y gusanos hagan nido
bajo mi calavera despeinada.

Y alce nubes mi sangre evaporada,
y me enhebre el ojo y el oído
el vuelo de un insecto distraído
y el dardo de la luz o la cebada.

Quizás alguna vez, supervivientes,
mis dientes, exhumados por la brisa,
rían al sol, brillantes y calientes.

Por eso, ante el final que se divisa,
ríamonos, mostrando nuestros dientes
en la perpetuidad de la sonrisa.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón colección
de poesía n.º 8. Valladolid, 1947]

10.4. «MI ALMA, OCULTA...»

Mi alma, oculta en la torre de mi frente, se sabe
a dos metros escasos del suelo que la aterra,
y allí sueña con alas y llama hermana al ave,
mientras mi boca siente que rechina la tierra...

Cuánto anhelo de cumbres, cuánto delirio, cuánto,
en un cuerpo que reptar con ensueños de vuelo...
Si algo de mí a la estrella llega, será mi espanto,
que es mi amigo y mi sombra, que es mi infierno y mi cielo.

Ni construyendo sueños, ni inventándome dioses
consigo no sentirme de mi terror poseso.
Todos mis «hastaluegos» bien sé que son «adioses»,
que entre el suelo y mis labios hay decretado un beso.

[*Cinco poemas*. Colección para
Treinta Bibliófilos, n.º 8.
Las Palmas, 1944]

10.5. «EXALTACION DEL HOMBRE»

¿Cuándo, reptil que pisas con el corazón mismo?
¿Cuándo, abismal pez falto de palabras y ojos,
murciélago colgado por inútil al día?
¿Cuándo, cuando pusisteis
la fruta entre los labios de vuestro hermano,
cuándo?

¿Cuándo, turbio felino, cuándo, siniestra araña,
fantasmal y mezquino remedo de la estrella,
cuándo os arrodillasteis ante una flor sencilla?

Zarpas y yugulares nadadoras de odio,
aguijón con tu enana maldad a la medida,
¿cuándo disteis, sin gozo grosero, la caricia?

Hubierais pisoteado a Dios entre maleza
de no haberlo exaltado ese que veis ahora
dormir de cara al cielo, acariciar sin gozo
y colocar la fruta en los labios de su hermano.

Miradlo, contempladlo. Se distingue de todo
porque sueña con alas y las tendrá algún día,
porque refleja en mueca la alegría del mundo,
y sobre todo porque
se maldice, se esconde, se denigra a sí mismo.

Miradlo, ese es el hombre —beso y palabra sólo—.
Primero en las mejillas fue el beso, y la pregunta,
la pregunta primero.
Luego, el beso en las manos fatigadas del padre,
y el soñar en palabras. Más tarde, los callados
besos en el silencio de otros labios, y ardientes
palabras cautivando su futuro en promesa.
Finalmente, los besos en las pequeñas frentes,
y consejos, consejos trémulos y cercanos
al beso eterno y sucio de la tierra en mordaza.

Hombre...Tú sólo has visto, como el palio de un buitre,
tu final implacable, y has dicho: para entonces,
quien tenga la desgracia de ser feliz, que rece.

Y olvidando el zarpazo, las yemas de tus dedos
acarician, persignan:
«La primavera en la frente
porque nos libre Dios de tristes pensamientos».

Tembloroso de lágrimas el contorno del mundo,
yo te grito, te exalto, por encima de peces,
alacranes y buitres, hombre hermano, hombre humilde,
feliz crucificado en la cruz del abrazo.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón colección
de poesía n.º 8. Valladolid, 1947]

10.6. «ORACION PROFANA»

Mujer de la vida, eres
como la vida te ha hecho.
(A quienes hizo la muerte,
descansen entre los muertos).

Mujer estrella, que duermes
con el sol, mujer lucero.
Palabras vengo a decirte
sencillas como el dinero.
¿Ningún hombre te tomó
por el asa de tu cuerpo
y te bebió, regalada,
gota a gota, beso a beso?

En tu profesión de cruz
con los dos brazos abiertos,
vendes amor y no tienes
amor que llevarte al pecho.
Perdona, virgen, estrella,
cerca de la mano y lejos.
Porque en esa encrucijada
de tus brazos y tu cuerpo,
bajo las dos blancas dunas,
dormita un corazón huérfano.

Señora, perdónanos
caricias sin sentimiento,
madrigales de blasfemias,
la sequía de tu pecho
y los frutos de tu vientre
antes de ser flores secos.

(Clavos de cobre en las manos
ponen al calvario precio.
Corona de cinco espinas,
caricia de cinco dedos.)

Señora, quiero en la noche
oscura de tu cabello
soñar que me has perdonado
las cosas que estoy diciendo.

Bendito sea el futuro
de tu vientre y de tu seno.
Bendita el agua bendita
que hay en tus labios y el fuego
que hay en tu sangre y el barro
bendito que hay en tu cuerpo.
Amén. Bendita tú eres.
Lo maldito es sólo nuestro.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

11. EL SONETO

El primer Pedro Lezcano manifestó una acentuada preferencia por el cultivo del soneto —trece poemas de este tipo en un total de treinta y ocho publicados sueltos en diferentes revistas poéticas de los años cuarenta—. Fue un tributo a la moda neoclasicista surgida en el seno de *Garcilaso* y que el autor aceptó como un reto, desligándose paulatinamente de este poema estrófico hasta llegar a *Consejo de paz*, libro donde únicamente aparece «Anciana», que es muy definitivamente un poema de veinte años atrás.

11.1. «SONETO DE QUINCE VERSOS»

Todo recuerdo de mi sangre ausente
y todo tacto de mi piel. Me veo
—el madrigal anclado en balbuceo—
como un emocionado adolescente.

Reverdecida para ti mi frente,
yo te brindo el rubor de mi deseo
y esta declaración torpe de reo,
en dos mi voz partida de repente.

¿Qué fue de mi avezada mano impía,
mi porte noble y mi mirada en reto?
He descubierto el fuego y se diría

que escucho la primera melodía
ante el milagro de tu voz sujeto.
Ante el milagro de tu voz la mía

ha olvidado la norma del soneto.

[*Garcilaso* (Madrid), n.º 27
(julio 1945)].

11.2. «NEVADA»

Cándidos besos llueven con cuidado
no se despierte el alma de repente.
Besos de desamor, besos de ausente,
besos de corazón a cero grado.

Besos de amor que nadie nos ha dado.
Besos de adiós en amarilla frente.
Soñados besos del adolescente,
que envejecen el alma y el peinado.

Besos de virgen o ángel a porfía
visten la luz de novia o mariposas,
tenaces y febriles y posesos...

Besos del más allá que nos envía
la legión de los muertos o las rosas.
Besos del alma quizá o alma de besos.

[*Muriendo dos a dos*. Halcón colección
de poesía n.º 8. Valladolid, 1947]

11.3. «SONETO IRREVERENTE»

Para mi hija Piti

Señor, ¿pero no ves que me marchita
este vivir sin grito y sin errata,
que pereceré ahorcado en la corbata,
mudo en la silla vil de la visita?

¿Que esta cláusula eterna, esta maldita
pauta de seriedad me maniata;
que mi sangre, encharcada de sensata,
en un pozo de hiel se precipita?

Acaba ya, Señor, ese divino
cuadro para el que sirvo de modelo.
Acaba y paga y cámbiame el destino.

Págame, sí, mi sueldo, que me hielo.
Págamelo en locura, en sangre, en vino,
en libertad, en flor, en canto, en vuelo...

[*Biografía poética*. Centro de Cultura Popular
Canaria. Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

12. EL ROMANCE

De manera inversa a lo que ocurre con el soneto sucede con el romance, que se mantendrá constante a lo largo de toda la trayectoria temporal de Lezcano. Si en sus inicios mostró cierta preferencia por el romance costumbrista, componiendo posteriormente en este metro toda la tercera parte de *Muriendo dos a dos*, titulada precisamente «Romances», alcanzaría en *Romance del tiempo* el dominio absoluto de su técnica. Tanto en sus modalidades de romancillo o romance heroico, un gran número de poemas del autor se ajustan a este esquema: «Canción de Empédocles», «Oración profana», «Romance del miedo», «¿Posesión?», «Conformidad», «Presentación», etc.

12.1. «ROMANCE DEL MIEDO»

Leve sería el dolor
sin su pregonero el miedo.

Infame aurora del mal,
heraldo del sufrimiento,
herida vil que se abre
estando el puñal aún lejos.

Una muerte cada uno
es de tradición que hallemos;
un látigo cada espalda
y cada boca un veneno.

Pero el siervo del temor
a ningún mal es ajeno.
No hay látigo levantado
que no restalle en su cuerpo.
¡Que viviendo media vida
el que está muerto de miedo
no muera de una vez sola
y haya de morirse ciento!

En vano la frente alberga
los más altos pensamientos;
y los ríos de la sangre
—mitad, rojos, mitad negros—
se abrirían, generosos,
a la sed de los sedientos.
Marioneta deshuesada,
llega el payaso del miedo,
con sus pies de barro y plomo,
sus esfínteres abiertos,
los ojos por escapar,
erguido sólo el cabello.
Llega a traicionar al alma,
al corazón y al cerebro...

Sísmica pasión que abate
llenando todos los pechos.

Ni los valientes consiguen
librarse del miedo al miedo.
Anda el miedo en libertad.
Sólo el valor está preso.
Raíz de toda cadena.
Yo te maldigo...
Y te temo.

[*Romances*. Paloma Atlántica Poesía
Biblioteca Popular Canaria
Taller de ediciones J. B.
Madrid, 1977]

12.2. «ROMANCE DE LA VERDAD Y LA MENTIRA»

A César Rodríguez

Gentes hay que van diciendo
ser dueños de la verdad.
La verdad no tiene dueño.

Virgen de nadie y de todos.
El pan nuestro y el pan vuestro.
Doncella que quiere amor,
pero no admite secuestro.

Mi mano, como cualquiera,
sólo apresa lo pequeño.
Si quiero coger la luz,
alzo la mano y la cierro
y sólo cojo tiniebla,
porque el sol no luce preso.

Poseedores de verdades
que no nos vengan con cuentos.
Verdad con dueño es mentira.
Lo saben todos los pueblos,
los dioses y los gusanos
benedicidores del cieno.
Libre está, raíz de todo,
simiente total, cimientto.

Ni aun el sabio la posee;
sólo descorriendo velos
castamente se desnuda
para los que vemos menos.

No hay verdades por hacer.
Nacieron todas a un tiempo,
cuando se acostó la mar
y de pie se puso el pétalo.

Compartida claridad,
única luz que ve el ciego.
Semilla cuando la entierran,
lluvia si le prenden fuego,
huracán cuando la enrejan
y si la amordazan, trueno.

Verdad con dueño es mentira.
Mentira sí tiene dueño.
Mala voluntad la engendra,
labios le dan mal aliento,
orejas torpes la abrigán,
mercader le pone precio.
Dejad libre la mentira
y morirá como un perro
sin amo, como una zarza
con las raíces al viento.

Sólo reza la verdad.
Si digo la verdad, rezo.

[*Romances*. Paloma Atlántica
Poesía. Taller de ediciones
J. B. Madrid, 1977]

13. LA SILVA ASONANTADA

Pese a que el soneto y el romance constituyan vehículos expresivos característicos de la poesía de Lezcano, aún más típica es la utilización de la silva asonantada, que cultivó desde sus comienzos y que será el metro en que habrían de plasmarse sus poemas más logrados. Una visión panorámica a su producción mostrará hasta treinta composiciones en ese metro, suponiendo la silva arromanzada, por su misma combinación y rima, el ansiado equilibrio entre las formas cultas y populares y donde, con función estilística muy marcada, suelen intercalarse versos menores que hacen destacar gráficamente conceptos determinados: «Execración de las hormigas», «Plagios en desagravio de la rosa», «Escultor de barro», «Dos cantos a la impureza», «Edicto», «Oda a Fuerteventura», «Instancia», «Poema a la raza», «Consejo de paz»...

13.1. «ESCUULTOR DE BARRO»

A María Aurelia Sánchez

Yo no podré jamás ser un buen padre
con el pecho estrellado de condecoraciones
y el cuadro de un abuelo bien barbado,
modelo de mi prole.

A una mujer le brotarán los hijos,
tan milagrosamente como flores.
Llegarán preguntando a dónde vienen,
desde Dios sabe dónde.
Y yo, que he estado siempre entre preguntas,
¿qué responderé entonces?

Qué pena no poder ser un buen padre
lleno de tesis y de nombres,
con un consejo a flor de labio
y un dedo enarbolando las lecciones.

Mal puede un escultor hecho de barro
querer modelar hombres.

Ellos me pedirán para sus pasos
sendas seguras en el bosque.
—«Dejad la mano izquierda en el ocaso
y el corazón quemando al polo norte,
zaguero el sur y el este a la derecha.
Y ahora que conocéis los horizontes,
marchad, diré a mis hijos,
a donde oigáis cantar los ruisenñores».

Qué pena no poder ser un buen padre
de los que todo lo conocen;
y qué vergüenza que mis hijos
se enteren por los libros de que hay padres mejores.

Les dejaré la herencia de mi frente,
un área llena de interrogaciones.
¿Y qué pensarán ellos,
sintiéndose tan pobres?

¡Qué lástima tener que ser tan mal padre,
tan viejo y triste entre los jóvenes,
con la espalda curvada
de tanto cortar flores!...

[*Mensaje* (Santa Cruz de Tenerife),
n.º 19 (noviembre 1946)]

13.2 «DOS CANTOS A LA IMPUREZA»

I

Pura mujer sin tierra:
altas miradas y frenos
te suspenden los hombros
igual que un vivo féretro.

En blanco al mirar nubes suspensivas
—como los de una estatua o los de un muerto—
tus ojos no te han visto, desconocen
la línea de tu cuerpo.
Y en mutuo beso eterno, nada saben
tus labios de tus besos.

Alta mujer de espaldas
a todo lo concreto,
tu vientre es un planeta
enfriado y desértico.

Alta mujer sin tierra, desterrada,
¿raíces extraviadas por los cielos
no añoran entre límpidos arcángeles
barro, barro terreno?

Que la luz te perdone,
que te perdone el viento
y la fruta caída
y el arroyo rastrero.

En el cielo está el humo,
en la tierra está el fuego.
La campana en los aires,
y en las losas el duelo.
En la altura los buitres
y la rosa en el cieno.

II

Virginidad hermética:
más transparente y nítida
que tus ojos sin huella,
que tu boca sin tacto,
que tu sangre sin mezcla,
es la muerte, la nada
—absoluta pureza—.

La pureza se mustia
esperando el milagro de la mancha primera.
Luego empieza la vida.
Tú has quedado en la puerta.

Puro viento sin polen,
polen sin primavera,
primavera sin surco
o surco sin cosecha.
No del aire, del barro
tu sustancia y la nuestra.

Mancha el roce del mundo,
mancha el fruto y la tierra,
mancha el beso y la herida,
mancha el hijo y la hembra.

Tú, intocada, intocable.
Fría nieve cimera.

Tú, canción en silencio.
Tú, belleza en tiniebla,
suavidad sin caricia,
felicidad desierta.

Has robado a la vida
tu canción y tu entrega.
Has robado tu cuerpo,
propiedad de la tierra.

(¡Oh pureza que es nada,
oh soledad que es celda,
oh nitidez que es muerte,
oh mudez que es blasfemia!)

Te has robado. Y un día
habrás de ser devuelta,
en podredumbre pura,
en intacta vileza.
Serás nada en la nada.
Inmortal siempre muerta.

[*Alisio* (Las Palmas),
n.º 18 (agosto 1953)]

13.3. «MANOS»

Es estrella a la carne encadenada
—aunque no tenga que guiar— la mano.
También es flor y a veces
ave de breves alas.

No aludo al ave cauta, al ave grave,
que mi mano torcaz siente desprecio
por el ave anillada.
Canto la tosca mano en la fatiga,
mano-raíz que de la tierra aprehende
su confraternidad fatal y trágica.
Las manos cuyas venas
son riadas de cielo descendidas
hasta la carne humana.

Y canto el puño —mazo
para el gong de la ira—,
capullo de la mano cuando estalla,
dulce, piadosamente, en la caricia.

Y la mano que pide,
la mano horizontal, la mano hetaira,
que hace temblar a la mezquina mano,
incubando en su nido del bolsillo.

La mano disparada
que acusa, guía, ordena.
(El índice es la mano de la mano).

Y la mano crispada —mano arácnida—,
toda catorce vértices de hueso
y cinco cauces córneos donde afluye
la carne que se muere en nuestro cuerpo.

Cese mi canto ya.

La mano calla.

El silencioso verbo de la mano
es el hacer, crear. La fuerza es muda;
la debilidad, gárrula.

Hablaré de mi mano y de su sueño.
Cansada de ser péndulo del alma,
mi mano sueña excelsitudes, sueña
con poseer ductilidad de agua
y acariciar la tierra por entero,
en un palpo sacrílego de incógnitas
y un desflorar virginidades santas.
Esta, mi mano impía,
que se mira al espejo de la otra
y conoce que es mala.

[*Halcón* (Valladolid),
n.º 5. (enero, 1946)]

14. EL COMPROMISO ETICO

En 1963 Lezcano sostuvo con Felipe Baeza una polémica sobre los destinatarios de la poesía, en las páginas del *Diario de Las Palmas*. De las dos cartas del poeta se desprende que, a su juicio, ninguna poesía es popular, ya sea esteticista o social. Pese a esta creencia, el poeta opta por esta última porque, si no está justificada por su audiencia, sí lo está por los móviles éticos que la provocan. No defiende Pedro Lezcano la poesía social en todo momento, sino cuando la reclamen las injusticias del mundo. Esta defensa de un compromiso ético se reitera en las palabras preliminares a *Cuentos sin geografía*, donde afirma que «bordea el delito todo arte desligado del aquí y ahora», idea que continúa manteniendo en los prólogos a los libros *El siglo de las sombras* de Ricardo Lezcano, *Oscura piel* de Isidro Miranda Millares, *Ocho islas* de Francisco Tarajano o su conferencia «Charla de tema obligado: el escritor y su obra». La misma evolución de su lírica, partiendo de unas posiciones esteticistas y artificiosas para llegar a una poesía sincera y humanista, corrobora lo que dice su prosa y, en ocasiones, le aboca a una poesía directa, de bronco tono épico y comprometida con las duras e inevitables realidades de todos los días: la guerra del Vietnam, la independencia del Sáhara, la instalación de bases militares en las islas...

14.1. «ACTO DE HOMENAJE»

Si Antonio nos prestara, sólo por esta tarde,
aquella voz sencilla...
Habría que olvidarse las palabras,
quemar todos los libros de retórica,
y luego decir algo natural, primero,
como la hogaza dice su olor de paz, tan puro.

Pero hoy —aniversario
de la mudez de España—
preciso estar aquí, con los amigos,
lleno de usadas frases, de mustia preceptiva,
a recordar a Antonio:
aquel padre de todos los hombres de voz clara.

A recordar un poco al hombre Antonio.
Sus descuidados trajes, su cuna entre geranios,
su abnegación al pueblo,
a aquellos —él decía—
«los que viven de coger
la aceituna,
los que esperan la fortuna
de comer...»

Hombre España, Machado hecho paisaje
de negros encinares,
de cambrones de flor anaranjada,
de páramos sin tumbas todavía...

Y cuando toda España fue sangrienta
tierra de Alvargonzález,
y Juan blandía un hacha en cada huerto,
Antonio deja España, da dos pasos,
y no halla España en qué caerse muerto.

En las aulas de Soria
don Antonio Machado, profesor de francés.
(¿Quién enseña hoy al Duero
la lengua de Molière?)
En Colliure de Francia
un sepulcro, y en él
don Antonio Machado
(j'aime, tu aimes, il aime...).
Profesor de voz clara,
profesor de honradez.
En La Mancha de España
tu lección sigue en pie.

[*Diario de Las Palmas*, sección «Cartel de las letras
y las artes», 24 de febrero de 1966]

14.2. PROLOGO A «EL SIGLO DE LAS SOMBRAS»

Acompaño a mi hermano Ricardo en esta tercera salida poética suya. Allá por la juventud, a una edad en que la muerte aún no es de la familia, Ricardo publicó un último cuadernillo de sonetos guadañeros, titulado *Tierra anticipada*. Hoy, como de regreso de no se sabe qué silencio, presenta un libro reflexivo de muy distinto tono, en olvido de su suerte personal, desde un sencillo banco de testigo.

Los subtítulos que dividen la obra en apartados, describen por sí mismos su temática: las cosas sencillas y entrañables, preguntas sin respuesta...Libro conceptual, pero diáfano, sin pretensiones de invención, recapitulador de principios humanos y de fines.

Huelga en este proemio de amistad aclarar la misma claridad de un libro que ya el lector tiene entre sus manos. No pretendo explicar: sólo adherirme.

En estos momentos en que gran parte de la poesía renueva sus formas con unción narcisista, nombra al Estilo con mayúscula, arremete contra la lírica social como contra un zafio vecino, yo pienso, hermano —puesto que de un mismo corazón provenimos— ¿qué pensarán los estas de esta voz cotidiana, enraizada en nuestra infancia luminosa y en lucha contra las negaciones que conturban los tiempos?

Hoy —ya sabes— la poesía socializante no es un producto de belleza que se encuentre en los tocadores de la moda. Me alegra inmensamente que tantos líricos hayan declarado «dèmodé» la esclavitud, la mentira y la muerte, por si cunde tan delicado mohín de repugnancia.

Cierto es que la poesía épico-social que monopolizaba a los poetas de antaño, perdió nortes estéticos y «con el mismo buen barro unos hacían milagros y otros bacines» (Ramón de Garcíasol). La culpa creo yo la tuvo Bertoldt Brecht cuando nos persuadió de que el arte puede modificar la realidad, que la poesía lograría transformar al mundo.

Yo no sé si la palabra puede enderezar entuertos, aunque sí el silencio los otorgue. Yo no sé si el poema social tiene destinatarios, o si se pierde en el polvo suburbano. Yo no sé si los obreros leían poemas obreristas, como también ignoro si los santos mentarán algún día a Gonzalo de Berceo.

Ni el destino de un arte ni sus consecuencias lo valoran o descalifican. De otra forma Petrarca valdría en tanto enardeciera a tímidos amantes y San Juan de la Cruz tan sólo en la medida que convirtiera herejes.

Tengan o no al olvido por destinatario, sirvan o no sirvan al ideal que alienten, ¿no será siempre lícito que los mortales escriban sobre la muerte, que canten al amor en tanto aman, que clamen por la libertad mientras arrastren una sola cadena?

Yo creo que el poeta tiene la responsabilidad académica de limpiar, fijar y dar esplendor al corazón humano. No conozco otro oficio al que atañe de tan cerca el deber de atestiguar su tiempo, de nombrar verazmente la realidad. Agradezco al poeta Claudio Rodríguez estas palabras tuyas que un día clarificaron las mías: «La finalidad de la poesía es revelar al hombre aquello por lo cual es humano, con todas sus consecuencias... Soy partidario del sentido moral del arte. La validez del arte entraña moralidad».

Por eso siento yo que la neutralidad estética es imposible. Sólo nuestra consciencia es contemporánea o anacrónica. El poeta es un hombre de la resistencia...

¿Y el Estilo? Pongamos la Herramienta con mayúscula en manos de un buen obrero.

[Prólogo a *El siglo de las sombras*,
de Ricardo Lezcano.
Helios, Madrid, 1970]

14.3. PROLOGO A «*OSCURA PIEL*»

Se está bien aquí —gracias, amigo Isidro Miranda— en el zaguán de este claro libro, junto a los hombres de color, de espalda a esos señores incoloros...

¿Cómo no acompañarte con orgullo en estos versos cuyo primer principio es su buen fin, cuya belleza se apoya en la verdad, cuya poética quiere ser la justicia?

Acaso a ambos nos acusen de platónicos, de teóricos amantes del bien, de defensores por correspondencia. Puesto que desde lejos ¿qué pintamos nosotros, sin conocer la peste de los ghettos, las violaciones nocturnas de rubias muchachitas, toda esa negra mancha americana que no alcanza a borrar la gasolina purificadora de míster Lynch?

Bien es verdad que en todos sitios cuecen negros, hombres trabajan como negros, enmudecen como negros, mueren como negros; y los letreros «Sólo para blancos», redactados en cifras fabulosas, ¿no están en todo el mundo colocados sobre las cosas buenas, acotando para poquísimos la felicidad?

¡Alto, alto! —La ira del incoloro sobreviene, increpa, distingue raza de clase, clasismo de racismo. Pero yo no distingo demasiado ese clasismo racista made in USA, recién pintado de negro y acuñado. Pues al más elegante parque de Virginia cualquier negro puede entrar, con que sólo se vista de criado. Uniformado de sirviente, cualquier negro puede oler las flores y pasear junto a los caballeros incoloros. Los caballeros aman a los negros como nosotros, los defensores teóricos del color, no podemos siquiera imaginar. ¿No fletaron poderosos navíos para traerlos, sin visado ni flete, desde sus hondos ríos africanos? Cuando, mucho después, aquel gran Moisés negro inició una masiva emigración de gentes de color hacia el

norte, con cuánto amor los caballeros les cerraron el paso, los retuvieron junto a ellos, tomándolos por sus baratas manos trabajadoras.

(¿Quién había dicho que el sudor negro huele mal? ¡Si el sudor negro huele a rosas y dividendos!)

Aboliéronse los antiguos Códigos Negros infamantes. Hoy la Ley es justa, siempre que se aplica. La Casa Blanca ama a las casitas negras. El buen Tío Sam lo sabe, acariciando bucles de oro. Y lo sabe aquel buen viejo Booker Washington, con su slogan de paz:

«Vivamos separados
los blancos de los negros,
como los dedos de una misma mano.
¡La mano será América!»

...Y unos dedos de esa mano se cuajaron de anillos, mientras los otros dedos más oscuros perdían hasta las uñas.

Pero no estamos allí, Isidro Miranda, en el lugar del crimen, junto a Martín Lutero.

Donde la moneda del dólar conserva amorosamente los perfiles del búfalo y el indio exterminados...

Donde el blanco encarcela al negro que se niega a matar al amarillo.

Donde el Premio Nobel de la Paz descansa, y el FBI investiga con los ojos vendados...

Nadie hallará jamás al asesino porque está en todas partes.

Veinte siglos atrás se le vio actuar en Israel.

Pasó por la India para romper la nuca a un anciano sentado.

Se adentró en las selvas para decapitar a Libertad Lumumba.

Ametralló a Kennedy y a millones de hombres menos importantes. Allí donde una sonrisa viene a estorbar el negocio del crimen.

Se está bien aquí, Isidro, junto a tu libro acusador, oliendo a oscura piel y a sangre antigua.

Y aunque no estamos allí, las viejas voces negras nos alcanzan. Las voces de los poetas de color, a quienes me entran ganas de gritar: ¡Callaos! ¡Silencio a los poetas!

Si las voces oscuras callaran, todos sabemos que el mundo se quedaría sin música. Pero también se quedaría sin palabras.

Callaos: Alexander, Brown, Bennet, Hugues, Cullen, Jeffrey, May, Bruce, Cuney, Curtwirht, Lowe...

Silencio sobre Harlem. América no existe.

[Prólogo a *Oscura piel*, de Isidoro Miranda Millares. Las Palmas, 1970]

14.4. «LA MALETA»

Yo tengo preparada la maleta.
Una maleta grande,
de madera.
La que mi abuelo se llevó a La Habana;
mi padre, a Venezuela.
La tengo preparada: cuatro fotos,
una escudilla blanca, una batea.
un libro de Galdós y una camisa
casi nueva.
La tengo ya cerrada y, rodeándola,
un hilo de pitera.
Ha servido de todo: como banco
de viajar en cubierta,
y como mesa y, si me apuran mucho,
como ataúd me han de enterrar en ella.

Yo no sé donde voy a echar raíces.
Ya las eché en la aldea.
Deje el arado y el cuchillo grande,
las cuatro fanegadas de mi vieja.
...¡La hostelería es buena! —me dijeron.
Y cogí la bandeja.
«Sí señor, no señor, lo que usted mande,
servida está la mesa»...
Yo por vivir entre los míos hago
lo que sea.
Vi a las mujeres pálidas del norte
arrebatarse como hogueras,
y llevarse las caras como platos
de mojo con morena,
tanto que aquí no dejan ni rubor
para tener vergüenza.
Vi vender nuestras costas en negocios
que no hay quién los entienda:
vendía un alemán, compraba un sueco
¡y lo que se vendía era mi tierra!

Pero no importa. Me quedé plantado.
Aquí nací, de aquí nadie me echa.
Hasta que el otro día lo he sabido,
y he hecho de nuevo la maleta.
He sabido que pronto
van a venir de afuera
técnicos de alambrar los horizontes,
de encadenar la arena,
de hacer nidos de muerte en nuestras fincas,
de emponzoñar el aire y la marea,
de cambiar nuestros timpls por tambores,
las isas por arengas,
las palabras de amor por ultimátums,
por tumbas las acequias...

Si se instalan los técnicos del odio
sobre nuestras laderas,
los niños africanos, desvelados
bajo la lona de sus tiendas,
mirarán con horror las siete islas,
no como siete estrellas,
sino como las siete plagas bíblicas,
las siete calaveras
desde donde su muerte y nuestra muerte
indefectiblemente se proyectan.

Yo por mi parte
cojo la maleta.
La maleta que el viejo
se llevó a las Américas
en un barquillo de dos proas.
¡Qué valientes barquillas atuneras!
Tienen dos proas, una a cada lado,
para que nunca retrocedan.
Vayan a donde vayan siempre avanzan.

¿Quién dijo popa? ¡Avante a toda vela!
...Y yo ¿voy a marcharme reculando?
¿Voy a dejar que crezca
sobre la tierra mía
toda la mala hierba?
¿Voy a volver la espalda al forastero
que vendrá con sus máquinas de guerra
para ensuciar de herrumbre las auroras,
de miedo las conciencias?
Pensándolo mejor, voy a sacar
de la vieja maleta
el libro, la camisa, la escudilla,
la batea...
Voy a pintar y barnizar de nuevo
su gastada madera,
voy a quitarle el hilo y a ponerle
la cerradura nueva.
Y con ella vacía
me acercaré a La Isleta,
y al primer forastero de la muerte
que llegue a pisar tierra
se la regalo, para siempre suya,
y que la use y nunca la devuelva.
¡No quiero más maletas en la historia
de la insular miseria!
Ellos, ellos,
que cojan ellos la maleta.
Los invasores de la paz canaria,
que cojan la maleta.

Los que venden la tierra que no es suya,
que cojan la maleta.
Los que ponen la muerte en el futuro,
que cojan la maleta.
Que cojan la maleta,
¡que cojan para siempre la maleta!

[*San Borondón* (La Laguna),
n.º 1 (diciembre 1982)]

14.5. «PLAGIOS EN DESAGRAVIO DE LA ROSA»

A Carlos Pinto

Pura, encendida rosa,
émula de la llama,
ya te hemos olvidado los cantores,
pura rosa apagada.
La dicha de los hombres permanece,
mientras muda de nombre su desgracia;
los tiranos, las pestes,
sus apellidos y sus fechas cambian,
y así será anacrónico
acaso ya mañana
hablar del vietnamita
que defiende su casa.
Tú, en cambio, rosa pura,
hoguera sin mudanza,
aunque fugaz —pues te inauguras y ardes
la víspera del día en que te apagas—
en relevo sin fin, rosa tras rosa,
haces eterna tu belleza en llamas.
Yo particularmente sigo amándote;
mi corazón te lleva en la solapa.
Te acaricio, deshojo tu corola,
sorteando el amor en dos palabras...
Y, sin embargo, yo comparto, rosa,
ese silencio donde en paz descansas,
yo tampoco te canto
porque otras cosas piden la palabra.

Tú eres ya una canción compuesta;
sólo hemos de escucharte y tú te cantas.
Y aunque todos los hombres sin descanso
tu nombre declinaran
—o rosa, rosae, rosam... la primera
declinación de la feliz Arcadia—,
por eso ni la vida ni las rosas
se tornarían más rosadas.

Aquí y ahora existen
cosas que con nombrarlas se levantan,
que nacen o se acercan si se dicen,
despertando a bandadas la esperanza.
Y es preciso cantarlas sin respiro,
delante de sorderas y de tapias,
delante de las tumbas
enronquecer gritándolas...
Yo te quiero en silencio. (Y aun te canto
a veces en voz baja).
Algún día serás nuestra canción primera,
cuando hayas florecido en todas las ventanas.

[*El Día* (Santa Cruz de
Tenerife), 14 de noviembre 1971]

14.6. «ENVIO A TRIBUNA JOVEN»

A Juan Betancort Sánchez

Os envío el poema prometido,
por el gesto de estar a vuestro lado.
¡Qué pobre es no tener sino palabras,
qué poca cosa es ofrecer un canto!
La boca es una herida que se cura
sólo cuando se cierra en el abrazo.
Verso o tambor: sonoro es lo vacío.
Tarde me he dado cuenta del fracaso.
¿Qué importan las altísimas estrellas
al hombre que no alcanza su tejado?
A él le basta el alero,
donde anidan los pájaros...
Si yo lograra dar a la palabra
forma de yunque, pesantez de arado,
convertirla en paloma o herramienta
que pudiera cogerse con las manos...
Si pudiera quitarme estos laureles
para dar gusto cotidiano al caldo
del hombre que no tiene biblioteca,
pero sí tiene corazón y brazos...
Que el verso ya no fuera
un mensaje cifrado,
sino un objeto humilde y hogareño,
universal y necesario.
Arrullo de los niños,
conseja para ancianos,
pie de aleluyas
o al menos epitafio.

Algo sencillo y vivo, intercambiable,
tibio como un cigarro,
que se pudiera dar a todo el mundo
como las buenas tardes da el ocaso.
Entonces yo os hubiera
enviado el poema sin reparo.
Me llamaríais Pedro, simplemente,
sin discriminativo de Lezcano.
Y yo os diría: Amigos, hasta siempre.
Perdonadme este fárrago.

[*Tribuna joven* (Las Palmas),
n.º 3 (curso académico 1981-82)]

14.7. «BRACEROS»

Por baldíos inmensos donde la liebre escucha,
donde el toro embravece
y la perdiz telegrafía amores,
labradores sin tierra, desterrados,
ven persiguiendo frutos voladores
de misteriosos dueños de verano.
¿Qué te pasa, labriego, en las raíces,
que vas al sur en pos de la aceituna,
hacia el amanecer de las naranjas,
por la meseta persiguiendo el trigo?
Cinco millones de labriegos cruzan
las tierras de placer que los señores
poseen sin fecundar, como a rameras.
Trenes asaltan, mulos, pies desnudos.
En una mano el almendruco amargo,
en otra la vid dulce.
De sur a norte de España,
de luz a sombra.
¿Qué te pasa, labriego sin raíces,
corriendo tras los frutos
de embrujadas cosechas voladoras?
Palpas con una mano al hondo antepasado
lleno de tierra húmeda,
bajo las blancas flores de la honda patata;
después alzas los ojos al pacífico olivo;
te agachas, reptas, hozas,
buscando en lo profundo de la tierra
la dulcedumbre de la remolacha.
Tus hijos mueren con las manos llenas
de los frutos prohibidos,
mientras cinco millones de raíces
se pudren en el viento.

[*Biografía poética*. Centro de Cultura
Popular Canaria Ayuntamientos de Agüimes,
Telde y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

14.8. «FRIA»

Fría, fría, fría.
Fría está la mano
que busca a la mano que guía.
Fría está en la plaza,
fría en el mercado y en la sacristía.
Fría está la mano, muy fría,
la mano que busca la mano cualquiera
—la tuya, la mía—.
Fría,
la mano que pide, que ruega,
que ansía.
Fría, fría, fría,
como la agonía.

Caliente, caliente,
como lo viviente.
Caliente la mano
que toca y no siente,
la mano cerrada
herméticamente,
durísimo fruto
sin posible diente,
que guarda una llave
como su simiente.
Y no se abre nunca,
ni toca una frente,
ni guía, ni salva,
ni pide, ni siente.
Caliente.

[*Diario de Las Palmas*,
sección «Cartel de las letras
y las artes». 1 de mayo, 1965]

14.9. «CRIMEN»

A Luis Cobiella

Si fuese un criminal, qué mal ejemplo
daría yo al delito.

Me aprendería el nombre de mis víctimas,
palparía el dolor de mi cuchillo
y me salpicaría suciamente
en un nuevo bautismo de asesino.

Y no es porque yo guste
del calor de los últimos suspiros.
Es que nunca podría ser tan pulcro
como otras gentes en tan duro oficio:
firmar una sentencia inmaculada,
pulsar un timbre con un dedo limpio,
desconocer los nombres que he borrado
y el color de los ojos que he dormido...

Fracasaría, decididamente,
en este crimen teledirigido.
Porque, ¿cómo sabría si a distancia
no asesino a mis hijos,
si un día, distraído en la tarea,
no mataré a Dios mismo?

[*Fablas* (Las Palmas). n.º 67
(junio 1976)]

14.10. «RECUERDO DE TRES MUJERES SAHARAUIS»

Esmula, Keltum, Suelma: tres mujeres
de la cercana y entrañable Africa.
Cada vez que recorren los caminos
de polvo sus sandalias,
despiertan una nube voladora
que llega hasta Canarias:
siroco isleño, hermano
rojo polen de Africa.
Vuestra tierra es la nuestra; la llevamos
en el pelo, en las uñas, en el alma...

Hoy los sirococos llegan mensajeros
del amargo destierro y de las lágrimas.
Yo pensé este poema
cuando estuve en el Sáhara
y vi que las mujeres
también sabían disparar las armas:

«Cuando perece un hombre
se ha quebrado una espada;
si muere una mujer
muere el yunque y la fragua.
El hombre es hoy y ayer,
la mujer es mañana.
Que ella vierta su sangre
sobre el sagrado Sáhara
cuando alumbra una vida,
nunca cuando se apaga».

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

14.11. «RETRATO DE UN OBRERO CUALQUIERA»

Los pintores del mundo han retratado
personajes ilustres y guerreros,
dorados reyes, rojos cardenales,
ángeles blancos y angelitos negros.
Pero nunca han pintado cabalmente
el exacto retrato de un obrero.
Y ya es hora que el arte se preocupe
de temas verdaderamente serios.

Pero es difícil que un obrero adopte
el elegante porte fotogénico,
con la frente bien alta
y una mano en el pecho.

Habría que sorprenderle
antes que el sol abandonando el lecho,
o emprendiendo el camino desde el alba
con el hatillo al hombro del almuerzo.
O ascendido a la gloria de un andamio,
o hundido hasta las minas del infierno,
atronando en el yunque o silencioso
mientras medita el temple del acero...
Sorprenderle una tarde
en las tabernas lóbregas del sueño,
mirándose al espejo de sus hijos
o contando el salario con los dedos...

Mas si yo fuese artista,
sabiendo que este obrero
me fabricó el pincel de pura marta,
tejió con hebra vegetal mis lienzos,
hizo la luz que alumbra mis colores,
coció las rojas tejas de mi techo,
lo pintaría igual que se pintaba
a Dios en otros tiempos:
con la bola del mundo en una mano,
puesto que ha fabricado el mundo entero.
En una mano, el mundo; en la otra, nada:
la esperanza y el viento.

[*La Provincia* (Las Palmas),
19 de marzo de 1986]

15. LA PAZ

Varios poemas de Lezcano hablan de la paz. Su mejor libro se titula muy significativamente *Consejo de paz* y gran parte de sus actividades en estos últimos años han estado vinculadas de alguna manera a la paz: campañas antimilitaristas, mítines, recitales.

Existe una clara diferenciación entre los poemas que critican sistemas totalitarios —y, por tanto, contrarios intrínsecamente a la verdadera paz—, los que presentan un carácter antimilitarista y finalmente los que son abiertamente pacifistas. La opresión ideológica y la asfixia ciudadana bajo un régimen dictatorial se manifiestan en composiciones donde con frecuencia recurre el autor al sesgo irónico: «Edicto», «Epitafio agradecido», «Instancia», «Orden», «Romance del miedo» —y donde pueden incluirse poemas que utilizan la vía simbólica como crítica a la arbitrariedad del poder, así «Caza» o «Dado»—. El alegato antimilitarista es duramente enarbolado en «Consejo de paz», «Kansas school», «Crónica de una guerra», «Signo», «Oración de la buena muerte», «La maleta». En escasas pero muy marcadas ocasiones canta Lezcano la paz y la fraternidad universales, como esperanza soñada largamente: «Carta al extranjero», «Morir en paz», «Prólogo»...

15.1. «EDICTO»

Ciudadanos, seguid gallardamente
de pie sobre la acera,
y vestid a ese muerto
de etiqueta.

Columnas sois, pilares
de la ciudad moderna;
sostenéis en los hombros
las altas chimeneas,
y no podéis moriros
como un hombre cualquiera.

Queda prohibido terminantemente
morir en calles céntricas.

Sufrid, llorad, amad privadamente,
bajo la axila de las escaleras,
en las lejanas tapias,
en las cunetas.
Besad, gemid sin ruido,
que nadie se dé cuenta.
Cuando, al edicto de la noche, alumbren
simultáneas estrellas,
llorad, amad, sufrid, matad acaso,
calladamente y en tinieblas.
A oscuras, en el hueco designado,
donde nadie os vea,
gesticulad, gritad ante un espejo,
acuchillad muñecos de madera,
pisotead los códigos civiles,
desnudaros las telas.
Pero al regreso de la luz se exige
vuestro antifaz, vuestra antialma puesta.

Las mujeres sean firmes
cariátides de cera,
con el hogar y todas sus virtudes
sobre la cabellera.
Cuando rían las flores de la lluvia,
guardaros las doncellas.
Ni una mujer tan sólo se desnude
cuando la lluvia besa
en una entrega al cielo de su cuerpo.
Prohibida toda entrega.
Prohibido a todo hombre
dormir sobre la hierba,
y más si es con la nuca
posada sobre el lomo de una oveja.

Se prohíben los sueños a deshora;
para soñar ya hay decretadas fechas,
hay parques con sus pájaros y novios,
hay líricos poetas.
(Esculpidos en mármol de los bares
los artistas sueñan.
Flor de papel su eternidad soñada,
como la siempreviva: siempre muerta).
Prohibido todo sueño. La vigilia
perenne se decreta.
(Se tomarán medidas radicales
contra la primavera).

Ilustrísima muerte: los esclavos,
de tu bondad reconocida esperan
únicas vacaciones merecidas.
Concedidas les sean.

[*Antología cercada.*
Ediciones El Arca n.º 4
Las Palmas, 1947]

15.2. «INSTANCIA»

Un número suplica el que suscribe.
Desmedida ambición llevar un nombre
en el instante límite.
Cien mil hombres son pocos.
Cien mil nombres son muchos, si se dicen.
La palabra es más larga que la muerte,
que pasa lista con el dedo índice.
Si hubiera de nombrar a cada víctima,
qué interminable el crimen...

Sencillamente un número,
un número suplica el que suscribe,
un número ordinal sin pretensiones,
que distinga o que indique
si voy detrás de ti o quizás delante,
por si hubiese ocasión de despedirse.

Un número tan sólo
suplica el que suscribe.
Preferiría el siete
si es posible.
(Nos gusta el siete, a mí
y al arco iris).

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.3. «ORDEN»

I

Se ruega a todos ustedes el más perfecto orden.

Muchas gracias.

Orden. Que todos guarden estrictamente las distancias.

Orden: distancia mínima entre pecho y espalda.

Que nadie pise fuera de la anterior pisada.

Orden. Marchad al ritmo que acompasa la banda.

Cada cual con sus útiles al hombro:

el soldado la espada,

el escritor su pluma,

el labrador la azada.

Orden, hombres de orden.

La Humanidad, ¡en marcha!

Sin gesticulaciones

ni queja ni palabra,

llegaréis prontamente

al borde de la zanja.

Orden. A una sola voz

sonará la descarga.

II

Alguno de nosotros, sin embargo,
moriremos en cama.
Plañirán unas cuantas plañideras
dignamente pagadas.
Cuatro velas sin viento
nos llevarán en andas,
cívicamente puesto
nuestro postrer pijama.
Señores enlutados,
murmurando alabanzas,
respetuosamente
descubrirán sus calvas.
También nuestras cabezas
calvas serán mañana;
ceremoniosamente
rezará nuestra lápida:
aquí yace el que un día
ordenó la ordenanza.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

15.4. «CAZA»

Plomo precisamente convertido
en invisible ave, en vuelo, en ángel.
Y la pluma levísima, la pluma:
plomada de la muerte...

El hechicero sopla
las sulfurosas bocas de su flauta.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.5. «EL DADO»

No hizo nada más puro el intelecto
que esta cúbica nieve agusanada.
No hizo nada más sobrio, no hizo nada
más sencillo y más recto.

(Corros de manos mágicas y avaras
invocan —oh, semilla de la suerte—
la rara veleidad de tus seis caras).

Calavera cubista. Matemática muerte.
Escultura a la idea y al acaso.
Pitágoras,
 retrato por
 Picasso.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.6. «BAJA»

Una baja en la guerra,
solamente una baja.
Una baja en la tierra
sin pésame ni caja.
Y en la altísima esfera
decide una baraja
cuál será la postrera
baja.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.7. «ORACION DE LA BUENA MUERTE»

Ni espada ni cañón son tu herramienta:
guadaña portas, hoz,
muerte trabajadora, segadora
de sol a sol.

El hombre es buena mies cuando tú pasas,
pan de su sembrador.

De buena muerte en paz llega contigo
a la última estación,
como al dorado otoño desemboca
el fruto tras la flor.

Tú trabajas, señora, honradamente,
por el salario mínimo de Dios.

Pero verdugos hay de mala muerte,
que por su beneficio y su rencor
en las guerras profanan
tu profesión de amor.

Llévate a los verdugos de la vida.
señora,

antes que a nos.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

15.8. «KANSAS SCHOOL»

¡Con la derecha, niños!
¿Cuándo vais a aprender buenas maneras?
Apoyen el cuchillo en las sortijas,
que así ganará fuerza.
Con la derecha siempre.
Los muertos a la izquierda;
Lutero King, Lumumba, Víctor Jara.
etcétera y etcétera...
No lo olviden. El mango sobre el oro.
Si se quieren sentar en buena mesa,
recuérdenselo: se mata
con la derecha.

[*Fablas*. (Las Palmas), n.º 67
(junio 1976)]

15.9. «SIGNO»

El vuelo horizontal de la guadaña
y el vertical del sable
hacen el signo de la cruz, matando.

Una cruz de caminos en el viento,
de rayos y de silbos.
Es la cruz del diablo.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.10. «PROLOGO»

Hablar poco, muy poco.
El corazón no habla
nada más que una sílaba;
la repite, y nos basta.

Callar también. Oír latir el cuerpo
como una caracola sobre el alma.
La vida es solamente
ese rumor de mar que pronto calla.

Ya sé que somos muchos,
que uno solo no es nada.
Uno solo no sabe
ni encender una llama.
(Como un corazón breve,
una cajita guarda
cien hogueras al uso
de la humanidad sabia).
Un hombre solo es poco
(¿frotar piedras o ramas?).
Pero sabe llorar,
y le duelen sus llagas.
A un hombre solo, a un hombre
van brotándole lágrimas
en un punto minúsculo,
despreciable del mapa.

Puede decir un día:
—«Yo regalo mi casa,
con peceras de luces
y collares de agua.
Quiero ser pobre, pobre,
no tener ni palabras.
Regalo hasta la caja de hacer fuego.
Esperaré a que caiga
sobre un árbol un rayo
y me encienda una llama».

Puede decirlo un día
con muy pocas palabras.
Y él sabrá sus motivos,
no le preguntéis nada.

Sólo digo: hablar poco.
El corazón no habla.
¡Que expresión miserable,
reiterativa y parca,
la riquísima lengua
cervantina amputada!
—Socorro y más socorro
es la sola palabra
que recuerda ese hombre
que se hunde en la nada.

[*Consejo de paz*. Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.11. «MORIR EN PAZ»

Morir en paz con muerte de simiente
sobre la tierra en flor recién llovida;
que la carne, si no superviviente,
llegue a ser por la flor supervivida.

Beber en lirios agua de rocío.
Ser un guijarro más en la corriente
del mar azul o el verdinegro río.

Que el cieno abajo esté, mirando al cielo,
que el cielo anide azul en su tejado,
que libremente el hombre pise el suelo
con la mano en el libro o el arado.

La paz no es la mejilla que se ofrece
al beso indiferente o al castigo;
la paz es esa flor que nace y crece,
esa cansada mano que alza el trigo.

La paz es todo el hombre.
Todo el abrazo es paz, todo el abrigo.
Todo está comprendido en ese nombre:
el pan, el sueño, el hijo y el amigo.

La mujer ante todo es paz. Y ama
en paz, y vive, y crea;
y todo lo que sea
sobre la tierra es paz y paz se llama,
pues sólo en paz se quiere,
y hasta se odia en paz y en paz se muere.

[*Consejo de paz.* Tamaragua.
Las Palmas, 1965]

15.12. «ROMANCE DE LA PAZ CONDENADA»

Mi boca puede besar
cuando de besar se trata;
puede comer si le dan
y puede escupir de rabia.
Pero lo que da razón
a la boca es la palabra.
Sin ella la mía es
mortal herida en la cara.

Por eso cantó mi boca
la paz ¡y vuelve a cantarla!

Pero no hay palabras buenas
para entendederas malas.
Si digo rosa, la rosa
se pone tan colorada
que hasta la rosa se olvida
de que hay también rosas blancas.

Yo dije: buscad la paz.
Y la paz que aconsejaba
¿no era la blanca paloma
apostólica y romana?
Tiñeron la paz de rojo.
Vistieron la paz de máscara.
Dije y digo: quiero paz
a la puerta de mi casa.
La paz no tiene color
ni vestido ni morada.

La paz no tiene vergüenza
de desnudarse en la plaza.
La paz es madre de todos,
pero de ninguno ahijada.
Por la razón de mi boca
digo que la paz se haga.
Que la simiente sea mies,
y la mies se eche en la parva,
y la trilla la navegue,
y julio aviente la paja,
y el grano grávido quede,
y que se muele en el agua...
Y la mano de los hombres
modele cada mañana
esa escultura de amor
que es el pan de quien trabaja.
Que desde que abran los ojos
hasta que acuesten la cara,
paz y pan hagan los hombres.
(Tan parecidas palabras
son la paz y el pan que entiendo
que de lo mismo me hablan).

Pero vistieron de rojo
la paz que yo aconsejaba.
Y alguna razón tuvieron
para mirarla encarnada.
¡La paz será siempre roja
mientras sangre como sangra!

[*Romances*. Biblioteca Popular Canaria.
Taller de ediciones J. B.
Las Palmas, 1977]

15.13. «CRONICA DE UNA GUERRA»

Para Antonio Morales

Tonto,
te declararon tonto.
Te dieron un fusil, de puro tonto.
Disparaste, so tonto, más que tonto.
Asesinaste a tus amigos tontos,
a tus hermanos y a tus tontos padres.
Y así has quedado solo,
tonto superviviente, tonto único;
¡rodeado de listos!

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

16. LO LUDICO

No estaría completa una serie de notas tipificadoras de la obra de Lezcano si no citáramos el carácter lúdico que puede adoptar su obra ocasionalmente. Además de su librito didáctico *Cartilla de ajedrez*, donde explicaba las normas de este juego a los escolares canarios en un lenguaje ameno y asequible, no exento de humor, el amor al juego aparece en poemas escritos a modo de adivinanzas o caligramas, dirigidos a los niños.

16.1. «EL CABALLO»

No puede extrañarnos que el caballo se mueva dando saltos, que sea la única pieza que pueda saltar sobre otra enemiga o propia. Pero se diría que es un caballo cojo, porque no salta en línea recta, sino haciendo raras corvetas. De una casilla blanca, salta a otra negra, y al revés. Es necesario que os fijéis en la figura número 8. El caballo salta sobre la casilla inmediata, pero no cae sobre ella, sino en cualquiera de las dos de al lado. Cuidado con los imprevistos saltos de la caballería; dan muchos sustos.

[*Cartilla de ajedrez*. Caja Insular de
Ahorros de Gran Canaria, Fuerteventura y
Lanzarote. Las Palmas,
1982]

16.2. «EL PEON»

Es la única pieza que no puede retroceder jamás. No estaría bien para la infantería de choque. Siguiendo la columna que ocupa, se mueve hacia adelante, casilla a casilla, un cuadro cada movimiento, salvo al salir de su cuadro inicial, que puede saltar dos si lo desea. Otra excepción existe en el peón: que no come en línea recta según camina. Si topa con una pieza contraria de frente no puede hacer sino quedarse parado. En cambio, come en diagonal, como un alfil, pero sólo sobre los cuadros inmediatos. De manera que un peón cuando come cambia la columna vertical en que se movía por la de la pieza capturada. Es la única forma en que puede cambiar su columna de avance. Parece una pieza inofensiva, pero como son ocho por bando, hay que ver la fuerza que tienen. Un gran jugador, Philidor, dijo que los peones son el alma del ajedrez. Y tienen una virtud muy singular: cuando consiguen alcanzar la octava fila del tablero (la última de su columna) entonces se transforman, pueden convertirse en la pieza que deseen. Es como si fuera un ascenso por méritos de campaña. De soldado raso llegan repentinamente a poderosa dama, aunque aún exista la otra en el tablero. La única transformación que les está prohibida es la del rey. No pueden convertirse en rey: sería un golpe de estado inadmisibile.

[*Cartilla de ajedrez.* Caja Insular de Ahorros
de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote.
Las Palmas, 1982]

16.3. «VERSOS PARA JUGAR»

A mi hijo Pedro

Quiero escribir parcaos larguísimos en pueril sonsonete
porque jueguen al tren esos niños que no tienen juguete

de abril espera
salir de
deseo
¿que lluvia para dar?
el caracol de la oreja ??

Madre de tal corazón
es la pitera canaria
que muere para dar flor.

[Biografía poética. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

16.4. «JUGUEMOS CON LAS PUERTAS»

Juguemos con las puertas de dos hojas,
de par en par abiertas,
como dos alas niñas
que aún no vuelan.
Dos puertas asociadas
en la misma tiniebla;
si abiertas, un abrazo;
si no, dos centinelas.

Y con las puertas de una sola hoja,
para siempre solteras.
Con un buzón, si ríen,
o de mirilla tuerta,
maúllan oxidadas,
saltan sobre las cartas de la ausencia,
y explotan en el viento
si las dejan
—en la secreta cita
o en el luto— entreabiertas.

Juguemos con las puertas de las casas,
dejándolas abiertas,
y tiremos las llaves, Matarile,
cantando, a la marea.

[*Biografía poética*. Centro de
Cultura Popular Canaria.
Ayuntamientos de Agüimes, Telde
y Santa Lucía. Las Palmas, 1986]

17. «LA EDAD DORADA: DE LA ARCADIA A LA UTOPIA»

En el primer Lezcano se percibe un vehemente deseo de retornar al paraíso perdido, al Edén judeo —cristiano entroncado con la clásica Arcadia, donde el hombre era feliz en íntimo contacto con una Naturaleza fresca y mansa. Esta triste nostalgia evocadora se inicia con una frase de Virgilio al frente del «Poema del llanto verde» y se manifiesta en el deseo de retornar al mar y a la paz de las islas —«Regreso al mar», «Playa»—, a la simplicidad de la vida sencilla —«Retorno»—, con una visión panteísta de la Creación —«Odio»—. Para Pedro Lezcano, el hombre era feliz despojado de todo artificio cultural, desnudo y tierno. Esta evocación aflora en pasajes concretos de varios poemas suyos —«la primera / declinación de la feliz Arcadia»...—, para irse trocando paulatinamente en un deseo. La nostalgia de un adanismo paradisiaco entendido como un bien perdido se transformará en una entusiasta profecía: el poeta dejará de evocar el bello jardín perdido para asegurar la llegada de nuevos tiempos en que aquella prístina felicidad será recobrada. Ya no como regalo gracioso de los dioses al primitivo hombre solitario, sino como premio bullicioso obtenido con nuestro afán solidario: «Execración de las hormigas», «Tres, catorce, dieciséis», «Carta al extranjero»... El deseo de

retornar a la Edad Dorada del hombre se mantiene intacto en toda la obra lezcaniana, sólo que se manifestará de otra manera: de la Arcadia pasa a la Utopía; de la pasiva evocación del pasado, a la activa construcción de un futuro en paz, en un modelo de sociedad todo orden y felicidad que resulta ser la acracia pura que prometen todas las Utopías, las cuales, muy significativamente, se han concretado siempre en la historia del pensamiento humano en una isla.

17.1. «POEMA DEL LLANTO VERDE»

*...Flumina amem silvasque inglorius.
Virgilio.*

I

Habría de verse el agua de las peñas
cantar alborozada,
hacerse todo rosas el espino
y danzar la hojarasca.

Ver cómo en lecho verde nacía el hombre,
y aprendía a reír con la mañana,
cómo la fronda le enseñaba, dulce,
las primeras palabras,
cómo enjugaba el céfiro
el amanecer tibio de sus lágrimas,
cómo del bosque a sus primeros pasos
aplaudían las alas.

No ya sólo caricias, que la mano
del buen amor
no es siempre suave y blanda:
completaban al hombre
las inclementes asperezas sabias.

Lleno de sol su cuerpo.
Plena de luz su alma.
Por sus pupilas —verdes de reflejos—
las selvas desfilaban.

II

Aquella vez el llanto fue rocío
del cuarzo duro y la corola blanda.
Por una senda abierta al horizonte
el hombre caminaba.
Atrás, su cuna verde.
Atrás, su verde haya.
Sordo a los llantos y
ciego a las lágrimas.

Por retenerle, el césped se hacía mano,
y el aire se hacía garra;
y la voz de las aguas se hacía súplica;
y los trinos, llamada.
Despreciando las manos extendidas
y el abrazo de amor de las lianas
—soberbio— el hombre caminó adelante:
del todo hacia la nada.

III

¡Cuánto gemido aún, desde la madre
en su helado destierro de madrastra!
Esa humedad de llanto que nos deja
su mensajera brisa perfumada;
esa olvidada lengua de las aves;
esa flor de salón guillotizada;
esa queja del tronco que se abate;
ese doliente desgajar de rama;
esa pupila de animal esclavo;
ese impotente aletear de jaula...
¿No hablan de madre que sufriendo besa?
¿No hablan de madre que muriendo llama?

IV

Verde madre. Verde alma. Verde muerte.
Verde esperanza.
Una sonrisa que perdona
—una sonrisa sumergida en lágrimas—
nos dice de su amor
y nos aguarda.

[*Poesía*. Colección para Treinta
Bibliófilos, n.º 8.
Las Palmas, 1944]

17.2. «RETORNO»

Ser una sola vez, ¿no es ya bastante?
José María Valverde.

En un principio el hombre era raíz sin prisa,
y a la humedad oscura de un universo a tientas
un presagio de flores o de dioses llegaba.
Gusanos mensajeros de luz le traducían
el mito de las aves y el vuelo de los ángeles...

Qué nostalgia de valle
de horizontes iguales, dulcemente aprendidos,
con el sol y la sombra desposados en una
anticipada tarde, silenciosa y amiga.

Las cosas y los hombres se habían dicho todo.
Bastaba una vez sola para vivir la vida.
Los ojos se cerraban ya de mirar cansados
y la carne se hacía paisaje, mansamente,
como flor que, dormida, despertara simiente.

Bastaba una vez sola. Pero el hombre sencillo
remontó la colina y oteó el océano.
Y preguntas en ráfaga le azotaron el rostro.

Vedlo temblar de espanto al auspicio del sueño,
pisar con reciedumbre la arena de los mares
buscando un indeleble testigo de su paso.

Vedlo gritar al eco su nombre, por oírse
llamar de las montañas, acaso un poco eternas.
(¡Nombres, nombres que fueron de los egregios hombres;
ya ni aun de la boca que los dice son nombres!)
Vedlo escalar el cielo por columnas de viento,
como las hojas secas en vendaval de pánico.
Y, al final, desplomarse, dilatados los ojos,
famélico de soles y de siglos perdidos.

Yo rezo con la lluvia por el retorno al valle,
cuyo perfil tenía rostro de compañero.
A la senda sabida y a conocidos trinos,
donde el ¿por qué? del niño no aterraba a los hombres.
Al orbe reducido de las cosas tocadas:
la flor, el monte, el río... y la flor otra vez.
Con un amor tranquilo, sin interrogaciones,
que transformara en beso la muerte dos a dos.
...Y un pino, un arrogante pino que me legara
mi cayado, mi mesa, mi féretro y mi cruz.

[*La Estafeta Literaria* (Madrid),
n.º 20 (enero 1945)]

17.3. «TRES, CATORCE, DIECISEIS»

A Esteban Romay

No soñemos ya más. La rueda existe,
en la noria, la suerte y las estrellas.
Mirad en rededor. Todo lo humano
es hijo de la rueda.

La creación del hombre, el verbo mudo
—mover, cortar, izar, hendir, volar—
el verbo creador del hombre es ella.
Está en todas las cosas. El espacio
muere bajo su coz. El tiempo alienta
en ruedecillas de oro. Y el Zodíaco.
Y la frente del santo y el poeta.

La rueda,
sí, la rueda.
La rueda es esa forma
que se muerde la cola y atropella.
¿Cómo olvidar el giro a los siglos,
la rueda de la Historia, la moneda?
¿Cómo olvidar la rosa atropellada,
el terraplén por donde el muerto rueda?
¿Cómo olvidar la estatua desplomada,
el cieno que se eleva,
los ecos de los ecos, el recuerdo
futuro y la reliquia venidera?

¿No rectificaremos
esta circunferencia,
estos pasos en círculo de errantes
perdidos en la estepa?

La tierra gira y gira
—al fin, solo una rueda—
mas no nos engañemos.
Dios maneja una honda y la Tierra es la piedra.
Un día nuestra ruta
será recta y serena.

[*Espadaña* (León),
n.º 47 (1950)]

17.4. «EXECRACION DE LAS HORMIGAS»

Nadie sabe por qué; pero están juntos
esos tres puntos de quitina negra,
penosamente unidos, en un signo
suspensivo de usura y de fiereza.

Brillantes, misteriosas, ciegas, mudas,
mientras los demás cantan, aman, sueñan,
ellas trabajan. ¿Para qué? Es inútil
intentar comprenderlas.

En subterrenal fuga hacia el infierno,
horadan y sepultan en las eras
los frutos de la luz y de la vida.
Atentas al morir, sepultureras,
son los buitres rastreros
de las muertes pequeñas.

Y aprovechando ahora
en primavera
la confianza del amor, implantan
mechas, oscuras mechas o cadenas
a través del asfalto, las montañas,
los pueblos y las selvas.
Enhebrando los templos, los graneros,
las cajas de caudales, las despensas,
el ojo de los sórdidos y el ojo
central de las monedas.

El hombre, confiado, no las pisa,
como a leves hermanos de la tierra.
Y aún les erige estatuas
en los libros de escuela.

(¡Pero tú canta, por piedad, cigarra,
canta, regala y sueña!...)

¡Oh estas hormigas sórdidas!...

Un día

se prenderá el fuego en sus mechas,

e irá una hoguera en fila

a través de los templos y las eras.

¡Qué explosión terrenal desde el infierno
de ácido fórmico y monedas!

Y cantarán entonces las almas generosas,

inútilmente bellas,

las palmas de las manos por los siglos

de los siglos abiertas.

[*España* (León),
n.º 19 (1946)]

III. BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE PEDRO LEZCANO

a) Poesía.

Cinco poemas. Colección para Treinta Bibliófilos, n.º 8. Las Palmas, 1944. 15 páginas.

Poesía. Colección para Treinta Bibliófilos, n.º 10 bis. Las Palmas, 1945. 16 páginas.

Romancero canario. Cuadernos de poesía y crítica, n.º 5. Las Palmas, 1946. 87 páginas.

Muriendo dos a dos. Colección de poesía Halcón, n.º 8. Valladolid, 1947. 87 páginas.

Romance del tiempo. Colección El Arca, n.º 4. Las Palmas, 1950. Con dibujos del autor. 27 páginas.

Consejo de paz. Colección Tamaragua, n.º 2. Las Palmas, 1965. 87 páginas.

Romances. Colección Paloma Atlántica Poesía. Biblioteca Popular Canaria. Taller de ediciones J. B. Madrid, 1977. 30 páginas.

Biografía poética. Centro de Cultura Popular Canaria y Ayuntamientos de Agüimes, Telde y Santa Lucía. Las Palmas, 1986. 254 páginas.

b) **Teatro.**

La ruleta del sur. Poema escenificado estrenado en Las Palmas en junio de 1956, en el Pueblo Canario. Su texto se incluye en *Biografía poética*.

c) **Narración.**

El pescador. Colección Tagoro, n.º 6. Las Palmas, 1964. Con dibujos del autor. 26 páginas.

Cuentos sin geografía y otras narraciones. Colección San Borondón. Ediciones del Museo Canario. Las Palmas, 1968. 141 páginas.

d) **Prosa.**

— «Ruptura de la tradición», en *Spes* (Las Palmas), n.º 1 (octubre 1937), pp. 49-50.

— «Crónica estudiantil», en *Spes* (Las Palmas), n.º 2 (noviembre 1937), pp. 43-44.

— «La tesis blanca y azul», en *Spes* (Las Palmas), n.º 3 (diciembre 1937), pp. 23-24.

— «Crónica estudiantil», en *Spes* (Las Palmas), n.º 3 (diciembre 1937), pp. 41-42.

— «Crónica estudiantil», en *Spes* (Las Palmas), n.º 4 (enero 1938), p. 41.

— «Crónica estudiantil», en *Spes* (Las Palmas), n.º 5 (febrero 1938), pp. 45-46.

— «Santo Tomás, encarnación de la civilización occidental», en *Spes* (Las Palmas), n.º 6 (marzo 1938), pp. 21-22.

— «Croniquilla», en *Spes* (Las Palmas), n.º 6 (marzo 1938), pp. 37-38.

- «Los poetas de las islas», en *Spes* (Las Palmas), n.º 7 (abril 1938), pp. 21-22.
- «Una edición privada», en *Falange* (Las Palmas). 27 de enero de 1946, p. 6.
- «*El grito en el cielo*, poema de Agustín Millares», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 21-22 (enero-junio 1947), pp. 115-116.
- Prólogo a *Once sonetos*, de Víctor Doreste. Edición del autor. Las Palmas, 1949.
- Prólogo a *La zarza ardiendo*, de Sebastián Manuel [Sebastián de la Nuez]. Colección Los Dioscuros. Las Palmas, 1949.
- «Planas de poesía», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 92 (1950), pp. 425-431.
- «Agustín Millares Sall: *Poema de la Creación*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 93-94 (1951), p. 138.
- «Luis Cobiella Cuevas: *Versos sin paisaje*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 93-94 (1951), p. 137.
- «Sobre la poesía social y la del alhelí», en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 23 de septiembre de 1963, p. 10.
- «Última contestación innecesaria a Felipe Baeza», en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 14 de diciembre de 1963, p. 6.
- «Carta abierta a Fernando Ramírez», en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 24 de marzo de 1966, p. 16.
- Prólogo a *Sonetos andariegos*, de Manuel González Sosa. Ediciones del Museo Canario. Colección San Borondón, n.º 2. Las Palmas, 1967.

- «La máquina de Dios» (primera parte), en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 9 de octubre de 1965, p. 11.
- «La máquina de Dios» (segunda parte), en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 16 de octubre de 1965, p. 11.
- «La chabola», en «Cartel de las letras y las artes», en *Diario de Las Palmas*. 8 de noviembre de 1967, p. 8.
- Prólogo a *Desde el silencio*, de Carlos Eduardo Pinto Trujillo. Ediciones del Museo Canario. Colección San Borondón. Las Palmas, 1967.
- «Prólogo a un recital poético», en *Diario de Las Palmas*. 24 de enero de 1968, p. 24.
- Palabras preliminares a *Cuentos sin geografía*. Ediciones del Museo Canario. Colección San Borondón. Las Palmas, 1968.
- Prólogo a *El siglo de las sombras*, de Ricardo Lezcano. Helios. Madrid, 1970.
- Prólogo a *Oscura piel*, de Isidro Miranda Millares. Edición del autor. Las Palmas, 1970.
- «Poética», en *Fablas* (Las Palmas), n.º 67 (junio 1976), p. 2.
- Introducción al catálogo de la exposición antológica de Antonio Padrón. Ediciones del Museo Canario. Las Palmas, 1970. Reproducido en *Diario de Las Palmas*. 13 de mayo de 1970, p. 15.
- «Carta a Gregorio Salvador Caja», en *Cuatro conferencias de tema canario*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas, 1977, p. 125.
- «Las setas en Gran Canaria», en *El puntal* (Las Palmas), n.º 17 (febrero 1981), pp. 23-26.
- Prólogo a *Ocho islas y ...*, de Francisco Tarajano. Edición del autor. Las Palmas, 1982.

- «Charla de tema obligado: el escritor y su obra». Conferencia leída en varios centros de enseñanza de la provincia de Las Palmas en 1982, inédita.
- «Hongos superiores en Gran Canaria», en *Revista de Farmacia* (Las Palmas), n.º 9-10, pp. 11-12.
- *Cartilla de ajedrez* (Quince lecciones elementales). Caja Insular de Ahorros. Las Palmas, 1982. 44 páginas.
- «Invitados al sol. Viaje al Sáhara, cura de vanidades» en el boletín de la *Asociación de amigos del Sáhara* (Las Palmas), n.º 2 (1981), pp. 6-7.

II. BIBLIOGRAFIA SOBRE PEDRO LEZCANO

ALONSO, María Rosa, «Pedro Lezcano: *Cinco poemas*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 69 (1945), pp. 101-102.

— «Pedro Lezcano: *Poesía*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 73 (1946), pp. 90-91.

— «Pedro Lezcano: *Romancero canario*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 75 (1946), pp. 531-532.

— «Pedro Lezcano: *Muriendo dos a dos*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 79 (1947), pp. 421-424.

— «*Antología cercada*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 80 (1947), pp. 580-581.

ANONIMO, «Dos años para Sagaseta, seis meses para Lezcano y absolución para Hernández», en *Diario de Las Palmas*. 16 de junio de 1967, p. 11.

— «Salvador Sagaseta, condenado a dos meses de cárcel, Lezcano a seis meses, mientras que Hernández resultó absuelto», en *La Provincia*. Las Palmas de Gran Canaria, 16 de junio de 1967, p. 11.

— «Aclaración», en *Diario de Las Palmas*. 2 de julio de 1966, p. 16.

— «Consejo de guerra por delito de injurias a las fuerzas armadas», en *El Eco de Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 16 de junio de 1967, p. 15.

ARMAS AYALA, Alfonso, «Pedro Lezcano: *Romancero canario*», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 20 (1946), pp. 115-116.

— «*Antología cercada*», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 20 (1946), pp. 115-116.

— Nota preliminar a *Cuentos sin geografía*, de Pedro Lezcano. Colección San Borondón. Ediciones del Museo Canario. Las Palmas, 1968.

CANCIO, Teresa, «Acerca de Pedro Lezcano», en *Aguayro* (Las Palmas), n.º 151 (1984), pp. 33-34.

CARDONA SOSA, Antonio, *La maleta*. Ilustraciones a un poema de Pedro Lezcano. Edición del autor. Las Palmas, 1984.

DÍAZ CUTILLAS, Fernando, «Pedro Lezcano, Juan Marrero Bosch y Agustín de la Hoz, premiados en el concurso de cuentos y narraciones canarias», en *Diario de Las Palmas*. 25 de mayo de 1963, pp. 7-11.

DIEGO, Gerardo, «*Romance del tiempo*», en *La Nación* (Buenos Aires), 28 de enero de 1951, p. 6.

— «*Consejo de paz*, de Pedro Lezcano», en *Diario de Las Palmas*. 5 de mayo de 1965, p. 15.

DOMINGO, José, «Narrativa española: Ricardo Doménech, Baltasar Porcel, Pedro Lezcano», en *Insula* (Madrid), n.º 263 (1968), p. 5.

DORESTE, Ventura, «Pedro Lezcano: *Cinco poemas*», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 13 (1945), pp. 112-113.

— Nota preliminar a *Romancero canario*, de Pedro Lezcano. Cuadernos de poesía y crítica, n.º 5. Las Palmas, 1946.

— «Sobre el poeta Pedro Lezcano», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 25-26 (1947), pp. 93-97.

— Nota preliminar a *Romance del tiempo*, de Pedro Lezcano. Colección El Arca. Las Palmas, 1950.

— Prólogo a *Consejo de Paz*, de Pedro Lezcano. Colección Tamaragua. Las Palmas, 1965.

GALLARDO, José Luis, «El erotismo de la “Oda a Fuerteventura”», en *Tarja*. Fables, Las Palmas, 1980, p. 41.

GARCÍA JIMÉNEZ, Luis, «Políticos en la línea de salida: Pedro Lezcano», en *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria), 3 de octubre de 1982, p. 10.

GIL PALENZUELA, «Consejo de guerra», en *Diario de Las Palmas*. 4 de julio de 1966, p. 7.

GÓMEZ NISA, Pío, «Pedro Lezcano, *Muriendo dos a dos*», en *Manantial* (Melilla), n.º 6 (1949), p. 6.

GONZÁLEZ, Fernando, «Pedro Lezcano: *Poesía*», en *Halcón* (Valladolid), n.º 4 (1945), p. 6.

GONZÁLEZ SANTANA, Juan, «Pedro Lezcano, poeta y escritor», en *El eco de Canarias* (Las Palmas de Gran Canaria). 21 de mayo de 1967, p. 19.

GULLÓN, Ricardo, «Pedro Lezcano: *Romance del tiempo*», en *Insula* (Madrid), n.º 56 (1950), p. 59.

JOHAN, Angel, «*Poesía*, de Pedro Lezcano», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 15 (1945), pp. 91-95.

LAFORET, Carmen, «Sobre “Consejo de paz”», en *La Provincia* (Las Palmas de Gran Canaria). 15 de julio de 1967, p. 10.

MACHO, Isaac y SÁNCHEZ, Angel, «Pedro Lezcano, o la poesía cargada de presente», en el *Boletín del Colegio de Doctores y Licenciados* (Las Palmas), n.º 7 (1984), pp. 20-21.

MARTÍNEZ, J. A., «Comentario a “Plagios en desagravio de la rosa”». Conferencia leída en el Colegio de Doctores y Licenciados de Las Palmas el 22 de febrero de 1982.

MIRANDA MILLARES, Isidro, «Notas a *Consejo de paz*», en *Tarja*. Fabras. Las Palmas, 1980, p. 37.

MORALES LEZCANO, Víctor, «*El pescador*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 141 (1964), pp. 164-165.

— «*Consejo de paz*, de Pedro Lezcano», en *Diario de Las Palmas*. 24 de julio de 1965, p. 4.

MORENO, Martín, «Aquellos del teatro de cámara», en *La Provincia* (Las Palmas), 13 de mayo de 1983, pp. 10-11.

NUEZ CABALLERO, Sebastián de la, «Palabras para Pedro Lezcano». Conferencia leída en el Círculo de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, dentro del ciclo de escritores canarios, en 1982.

— «Los poetas de la *Antología cercada*», en *Primer congreso de poesía canaria*. 1976. Aula de Cultura de Tenerife. Santa Cruz, 1978, pp. 77-94.

— «Tendencias de la poesía de posguerra en Canarias», en AA.VV., *Noticias de la historia de Canarias*. Cupsa-Planeta. Barcelona, 1981, pp. 221-238.

PADRÓN ACOSTA, Sebastián, «*Romance del tiempo*», en *Revista de la Historia* (La Laguna), n.º 92 (1950), pp. 431-434.

PARRA POZUELO, Manuel, *La poesía de Pedro Lezcano*. Memoria de licenciatura leída en la Universidad de La Laguna en junio de 1974, inédita.

PÉREZ MINIK, Domingo, «Pedro Lezcano y *Cuentos sin geografía*», en *El Museo Canario* (Las Palmas), n.º 89-100 (1969), pp. 242-243.

SALVADOR CAJA, Gregorio, «Sobre un poema de Pedro Lezcano», en *Cuatro conferencias de tema canario*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas, 1977, p. 95.

SÁNCHEZ, Angel. Vid., MACHO, Isaac.

SÁNCHEZ BRITO, Margarita, «Cuentos sin geografía, último libro de Pedro Lezcano», en *El eco de Canarias* (Las Palmas), 3 de julio de 1968, p. 22.

SANTANA, Lázaro, «El pescador, de Pedro Lezcano», en *Diario de Las Palmas*, 22 de agosto de 1964, p. 12.

— «Voces canarias: Pedro Lezcano», en *El Puntal* (Las Palmas), n.º 1 (1980), pp. 39-40.

SARMIENTO, Alicia, «Pedro Lezcano», en *Mujeres en la isla* (Las Palmas), n.º 42 (1958), p. 4.

VELÁZQUEZ, Juan, «Consejo de paz, de Pedro Lezcano», en *Diario de Las Palmas*, 29 de mayo de 1965, p. 11.

Pedro Lezcano representa uno de los más claros valores de la poesía canaria de postguerra. Si bien su lírica se inicia dentro de los cánones del garcilasismo y de la corriente humanizadora inspirada en Miguel Hernández —*Cinco poemas* (1944) y *Poesía* (1945)—, se adentrará en la poesía popular —*Romancero canario* (1946)— y será uno de los primeros cultivadores de la poesía social —*Antología cercada* (1947)—.

Siguiendo una línea de sincera comunicación humanística en sus libros *Muriendo dos a dos* (1947) y *Consejo de paz* (1965), ha cultivado la narración con *Cuentos sin geografía* (1968) y el teatro con *La ruleta del sur* (1956). Hombre de múltiples inquietudes y facetas, Lezcano ha trazado con perfecta nitidez un arco literario que, partiendo de presupuestos estetizantes y elitistas, ha desembocado en una poesía directa, oral y comprometida.

Teresa Cancio nace en Las Palmas de Gran Canaria. Licenciada por la Universidad Complutense de Madrid con una memoria de licenciatura sobre *La prosa de Rubén Darío*, se doctoró por la Universidad de La Laguna con la tesis *Pedro Lezcano y su obra*. Catedrática de lengua y literatura españolas, ha ejercido la docencia en varios institutos de bachillerato. Autora de diversos ensayos y artículos —*Galdós y el teatro; Acerca de Pedro Lezcano; La vocación teatral de Pérez Galdós; Las rosas de Hércules, de Tomás Morales; Natalia de Sosa Ayala; La poesía desnuda; La aventura literaria de Domingo Velázquez...*—, se ha mostrado siempre interesada por la investigación y divulgación de la literatura canaria.



Biblioteca Básica Canaria

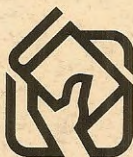
1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Afortunadas*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Poesías*.
20. *Poesía de la segunda mitad del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Transparencias fugadas, Dársena con despertadores y Entre cuatro paredes*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Caravane*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 27 de junio de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Una obra ampliamente extendida en el tiempo como la de Pedro Lezcano, cuyos primeros libros se publicaron en 1944, ofrece al lector diversos momentos, diferentes matices e incluso cambios de intencionalidad poética a lo largo de trayectoria cronológica. Este libro intenta espigar en su producción aquellos rasgos mas definitorios de su quehacer literario y ofrecer una síntesis de la poética del autor, que él mismo ha definido muy claramente como un creciente compromiso con los demás: "Bordea el delito todo arte desligado del aquí y del ahora".



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem